EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LIRICAS.

LA ARCHIDUQUESITA,

COMEDIA EN TRES ACTOS.



MADRID.
Imprenta de José Rodriguez, calle del Factor, núm. 9.
1854.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: *libreria de Cuesta, calle Mayor, núm 2.*

PROVINCIAS.

Albacete.	Serna.	*Motril.*	Ballesteros.
Alcoy.	V. de Martí é hijos	*Manzanares.*	Acebedo.
Algeciras.	Almenara.	*Mondoñedo.*	Delgado.
Alicante.	Ibarra.	*Orense.*	Ferreiro.
Almeria.	Alvarez.	*Oviedo.*	Palacio.
Aranjuez.	Sainz.	*Osuna.*	Montero.
Avila.	Rico.	*Palençia.*	Gutierrez é hijos.
Badajoz.	Orduña.	*Palma.*	Gelabert.
Barcelona.	Viuda de Mayol.	*Pamplona.*	Barrena.
Bilbao.	Astuy.	*Palma del Rio.*	Gamero.
Burgos.	Hervias.	*Pontevedra.*	Cubeiro.
Cáceres.	Valiente.	*Puerto de Santa Maria.*	Valderrama.
Cádiz.	V. de Moraleda.	*Puerto-Rico.*	Marquez.
Castrourdiales.	García de la Puente.	*Reus.*	Prins.
Córdoba.	Lozano.	*Ronda.*	Gutierrez.
Cuenca.	Mariana.	*Sanlucar.*	Esper.
Castellon.	Lara.	*S. Fernando.*	Meneses.
Ciudad-Real.	Arellano.	*Sta. Cruz de Tenerife.*	Ramirez.
Coruña.	Garcia Alvarez.	*Santander.*	Laparte.
Cartagena.	Muñoz Garcia.	*Santiago.*	Sanchez y Rua.
Chiclana.	Sanchez.	*Soria.*	Rioja.
Ecija.	Garcia.	*Segovia.*	Alonso.
Figueras.	Conte Lacoste.	*S. Sebastian.*	Garralda.
Gerona.	Dorca.	*Sevilla.*	Alvarez y Comp.
Gijon.	Ezcurdia.	*Idem.*	Hidalgo.
Granada.	Zamora.	*Salamanca.*	Huebra.
Guadalajara.	Oñana.	*Segorbe.*	Clavel.
Habana.	CharlainyFernz.	*Tarragona.*	Puygrubi.
Haro.	Quintana.	*Toro.*	Tejedor.
Huelva.	Osorno.	*Toledo.*	Hernandez.
Huesca.	Guillen.	*Teruel.*	Castillo.
Jaen.	Idalgo.	*Tuy.*	Martz. de la Cruz.
Jerez.	Bueno.	*Talavera.*	Castro.
Leon.	Viuda de Miñon.	*Valencia.*	M. Garin.
Lérida.	Rixact.	*Valladolid.*	Hidalgo.
Lugo.	Pujol y Masía.	*Vitoria.*	Galindo.
Lorca.	Delgado.	*Villanueva y Geltrú.*	Pers y Ricart.
Logroño.	Verdejo.	*Zamora.*	Calamita.
Loja.	Cano.	*Zaragoza.*	Pintor.
Málaga.	Casilari.		
Mataró.	Abadal.		
Murcia.	Mateos.		

LA ARCHIDUQUESITA,

COMEDIA EN TRES ACTOS EN PROSA,

de D. Juan Eugenio Hartzenbusch,

estrenada en Madrid, en el Teatro del Príncipe, á 8 de Noviembre de 1854.



MADRID.
Imprenta de José Rodriguez, calle del Factor, núm. 9.
1854.

PERSONAS DE LA COMEDIA.	ACTORES.
FERNANDO III, Emperador de Alemania	D. José Ortiz.
EL ARCHIDUQUE LEOPOLDO GUILLERMO	D. Victorino Tamayo.
LA ARCHIDUQUESITA MARIANA	Doña Rafaela Tirado, niña de 11 años.
MATILDE	Doña Teodora Lamadrid.
EL DOCTOR PER-AFAN	D. Joaquin Arjona.
CLAUS	D. Fernando Ossorio.
CUNEGUNDA, dueña	Doña Juana García.
OTILIA, menina	Doña Elisa Molina.

Damas, Caballeros, Meninas, Dueñas.

La accion pasa en Viena, en Diciembre de 1646.

ACTO PRIMERO.

Sala correspondiente á la habitacion de la Archiduquesita en el palacio imperial. En el fondo hay dos retratos del Príncipe de España, D. Baltasar Cárlos. Chimenea grande, mesa, sitiales, taburetes, etc.

ESCENA PRIMERA.

EL EMPERADOR FERNANDO III, *en traje de casa.* EL ARCHIDUQUE LEOPOLDO, *de obispo.*

LEOP. No, no; eso te corresponde exclusivamente, Fernando. Eres el Emperador y eres su padre.

FERN. Y tú su tio, y además, príncipe de la Iglesia.

LEOP. Prelado y Archiduque, Maestre de la Órden Teutónica y Generalísimo de tus ejércitos, me doy por inhábil para negociar el matrimonio de mi sobrina.

FERN. Leopoldo Guillermo, habla con tu hermano sin disimulo. ¿Desapruebas que procure casar á mi hija con un rey de España?

LEOP. Cómo podria desaprobar una medida tan conveniente? ¿Qué sería de nosotros en esta guerra, privándonos de la cooperacion de los españoles?

FERN. Veintiocho años que van ya de lucha incesante!

LEOP. Y llegará á los treinta, segun se ve. La Archiduquesa Mariana, tu hija, debe ser esposa de su tio Felipe IV;

pero él cuenta ya cuarenta y un años, y ella todavía no ha cumplido los doce: natural es que la pobre niña no tenga mucha prisa para tal matrimonio.

FERN. Sin embargo, bien le suena el título de Reina de las Españas y de las Indias.

LEOP. La soberanía de una potencia en cuyos dominios nunca se pone el sol, á cualquiera seduce. Pero vuelve la vista allí. (*Señalando los cuadros.*) Muerto el Príncipe don Baltasar Cárlos, hijo de don Felipe, mandaste quitar de esta sala esos retratos suyos; por bien de paz hubo que devolvérselos á Mariana. Con ese novio sí que estaba contenta!

FERN. Ya. Un jóven de poca más edad que ella, con bellísima traza...

LEOP. Murió en Octubre, y estamos en Diciembre: ¿es fácil que en tan breve intervalo se olvide Mariana del hijo, y acepte al padre?

FERN. Yo, por mi voluntad, no apresuraria la boda; circunstancias independientes de mi querer me obligan á ello. Precisa es nuestra union con España, y parece que la fortuna se complace en romperla. Yo estaba casado con la hermana de Felipe IV; la perdí. Desposo á mi hija con el Príncipe de Asturias; unas viruelas acaban con el Príncipe en cuatro dias. Viudo, como yo, mi cuñado, se le ofrecen cuatro proporciones de casamiento, sin contar la de aquí: la Duquesa de Montpensier, la Princesa de Mántua, Leonor Gonzaga, y las dos hijas de nuestra prima Claudia, Archiduquesa de Inspruck. Si nos descuidamos un poco...

LEOP. La de Montpensier y la de Mántua no son partidos para Felipe, hallándose en guerra con los franceses como nosotros. En cuanto á nuestras primitas, las tirolesas de Inspruck, sabes lo que he dicho centenares de veces. Cásate con la una, y Claudia casará la otra como tú dispusieres.

FERN. No pienso pasar á segundas nupcias tan pronto.

LEOP. Me dices la verdad, Fernando?

FERN. Archiduque Leopoldo!..

LEOP. El Archiduque Leopoldo, hermano menor del Emperador Fernando III, le debe el homenage de súbdito; pero como obispo de cinco ciudades, Leopoldo puede amonestar á Fernando. Tú rehusas casarte con nuestra

prima Leopoldina, jóven y hermosa, no por amor á la Emperatriz difunta, sino por amor á su sucesora.

FERN. ¡Sucesora? ¿Quién le sucede! A quién amo yo? ¿Quién te ha contado eso?

LEOP. Ciertas inadvertencias tuyas me han dicho bastante.

FERN. Te juro que, desde el fallecimiento de la Emperatriz, no he dirigido palabra de amor á mujer nacida.

LEOP. Si no la has dicho, ya la dirás. La señora de tus pensamientos ha de residir aquí en Viena, quizá en este mismo palacio imperial. Ignoro aún quién es; pero yo llegaré á descubrirlo.

FERN. Con qué objeto?

LEOP. Con el de oponerme á tu inclinacion, si no fuere digna de tí.

FERN. Cómo abusas de mi carácter benigno, Leopoldo! Deja de ocuparte con los amores que me atribuyes, y piensa en la boda de tu sobrina, que importa más al bien del Imperio. Yo se la he propuesto á Mariana, pero sin fruto; yo la quiero infinito; veo que se aflige en hablándosele de tal materia, y no me atrevo á darle pesar. Por eso deseaba que probases á reducirla.

LEOP. Si le hago reflexiones, me escuchará sin réplica, pero con disgusto; si le dictamos órdenes, obedecerá, pero de malísima gana: y es cargo de conciencia enviar á Felipe IV una esposa que le tenga aversion.

FERN. Viviera la Emperatriz, y vieras entónces!...

LEOP. Aunque no educó muy bien á su hija, nos sacaria con facilidad del apuro: una mujer siempre sabe cómo se convence ó persuade á otra. Sola una mujer casaria sin violencia á Mariana.

FERN. ¿Una mujer! Sí, Leopoldo, sé cuál.

LEOP. No obstante, repito que es muy pronto aún para importunar á la Archiduquesa con proposiciones de casamiento. De aquí á dos meses...

FERN. De aquí á dos dias habrá declarado solemnemente mi hija que será con gusto Reina de España. Puedes entrar á verla. Ceso de rogarte que medies en este negocio.

LEOP. Me dedicaré al de tu boda. César amante, adios.

FERN. Él te guie, Leopoldo. (*Váse el Archiduque.*)

ESCENA II.

FERNANDO.

(*Repitiendo.* ¡Sola una mujer casará sin violencia á Mariana!) Tiene razon el Archiduque. Matilde, la Tenienta, de Aya, que fué ántes menina, casi niñera de mi Archiduquesita, ejerce en su ánimo el imperio, la seduccion, la fascinacion irresistible á que cedo yo propio: la mujer á quien ama el padre, colocará á la hija en el sólio de Isabel la Católica. Todavía ignora Matilde que ha fijado en ella los ojos el Emperador de Alemania; pero mi observador hermano saldrá pronto de Viena, y podré declararme del todo; la declaracion ya está principiada. Suecos, franceses, alemanes luteranos, el Turco, la mitad de Europa está haciéndome guerra: necesito entre tantos afanes un corazon que dé algunos momentos de paz al mio; necesito amar para combatir con más fuerza: me hará el amor la victoria más dulce ó el vencimiento ménos amargo.

ESCENA III.

CLAUS.—FERNANDO.

CLAUS. Sacra Majestad....

FERN. Hola, Claus! Inquieto me has tenido toda la mañana. Qué has hecho por fin?

CLAUS. Vuestra Majestad Imperial queda servido.

FERN. Pusiste el regalo donde te dije?

CLAUS. Donde mandó Vuestra Majestad Cesárea lo he colocado. Con el dinero que me entregó, fuí al platero, le pagué, y recogí la joya en su estuche. Volví á palacio. Ni mi amo el Doctor Per-Afan de Ribera, ni mi ama la señora Matilde, su sobrina, ni la misma Cunegunda, su dueña, me habian echado ménos aún: con que no tuve que dar excusa de la escapatoria. Llamó en esto desde su cuarto el señor Doctor, y acudimos los tres: era que entre la señora Matilde y la señora Cunegunda le habian cogido veinte pliegos que tenia escritos de notas á Séneca, y habian encendido con ellos la chimenea de

nuestra sala. Miéntras el Doctor, lleno de bondad y sabiduría, les echaba una arenga para probarles que, si habian de quitarle papel, agarrasen el blanco y respetaran el manuscrito, me escurrí bonitamente hácia el aposento de la señora Matilde, abrí una arquilla de su tocador donde guarda pomitos de olores, planté en medio el estuche, y me salí del cuarto como un bendito.

FERN. Ha visto ya Matilde la joya?

CLAUS. Creo que no, porque nada nos ha preguntado todavía, ni á mí ni á la dueña. Como viste hábito desde aquella enfermedad que padeció Su Alteza la Archiduquesita, no trastea mucho en el tocador.

FERN. Sírveme fiel, avísame de lo que averigües... y... toma. (*Le da dinero.*)

CLAUS. Obedeceré á Vuestra Majestad Cesárea, que viva mil años. (*Váse el Emperador.*)

ESCENA IV.

CLAUS.

(*Repitiendo. Sírveme fiel!*) Yo hago todo lo que Su Majestad Imperial ordena: me parece que es bastante fidelidad, sin dejar por eso de servir á todos los que' me necesiten. Ahí han andado en esas provincias matándose por la libertad de conciencia; yo me contento con la libertad de servicio, y su consecuencia inmediata, libertad de propinas. (*Se embolsa la suya.*)

ESCENA V.

LEOPOLDO.—CLAUS.

LEOP. Me alegro de hallarte, amigo Claus. ¿Qué tenemos de aquel encargo?

CLAUS. Creo que Vuestra Alteza Serenísima se dará por servido. Acabo de poner con el mayor sigilo en el tocador de la señora Matilde una joya, de órden de Su Majestad Imperial.

LEOP. ¡Una joya?

CLAUS. De mil escudos.

LEOP. Luego es Matilde á quien ama el Emperador?

Claus. Tal parece, á lo ménos.

Leop. ¡Parece? Pues ¿qué!... no lo sabes de cierto?

Claus. Sé que Su Majestad Imperial ha destinado esa joya para mi ama; sé que mañana me entregará otra para ella, y pasado mañana otra más, de doble y de triple valor; sé que tras la tercera irá una carta que explique de quién, por qué y para qué son las tres joyas; fuera de esto, no sé palabra.

Leop. Con que todavía la declaracion está por hacer? No mentia Fernando, sosteniéndome que desde que enviudó, no habia enamorado á mujer alguna. Llega la noticia á buen tiempo. Yo cortaré los vuelos á ese peligroso capricho. Matilde ha nacido vasalla mia: dispondré que la lleven á Inspruck, y allí mi prima Claudia la pondrá en un convento, ó la casará segun le parezca.

Claus. Á Vuestra Alteza Serenísima, como prelado, lo primero que se le ocurre, tratándose de establecer á una jóven, es el convento.

Leop. Se han deshecho tantos en la guerra presente... Matilde, para monja, tiene andada la mitad del camino; ya lleva el hábito.

Claus. Ciertamente; pero...

Leop. Este es el bolsillo que te ofrecí. Ten. (*Le da una bolsa.*)

Claus. Beso á Vuestra Alteza los piés.

Leop. Todavía tendrás que servirme.

Claus. Lo haré como suelo. Yo no deseo más que proporcion de servir.

ESCENA VI.

Don Per-Afan.—Leopoldo. Claus.

Per. Alteza Ilustrísima...

Leop. Doctor Per-Afan, seais bien venido. Tengo que hablar ahora con un sacerdote sobre ese invento de la piedra filosofal, que tanto alborota. Esperad, y veámonos.

Per. Mande á su servidor Vuestra Alteza. (*Váse el Archiduque.*)

ESCENA VII.

PER-AFAN.—CLAUS.

PER. Claus...
CLAUS. Señor...
PER. ¿Sabes que Matilde todavía no se ha dado por entendida?
CLAUS. Con vos tal vez no, conmigo sí.
PER. Y á qué aguardabas para decírmelo?
CLAUS. Á que vos me lo preguntaseis. Miéntras no se me sonsaca, no chisto.
PER. Qué te ha dicho pues? Habla, explícate.
CLAUS. Esta mañana, que andaba mi señora muy cavilosa, muy distraida...—Por distraccion fué el echar á la lumbre vuestros comentarios á Séneca.—Esta mañanita me dijo...
PER. Qué? Acaba.
CLAUS. Me dijo: «Mira, Claus, hace meses que me hallo en mi aposento unas cartas anónimas de no sé qué galan español: estas cartas no han de venirse por sí solas á casa. Eso no tiene vuelta de hoja, le respondí: las cartas necesitan correo. Solo podeis traérmelas, prosiguió, Cunegunda ó tú, y Cunegunda es una mentecata, de quien nadie se fiaria. Razon teneis, repuse; no sirve para ello. Con que tú has de ser el correveilleva, continuó, porque eres un solemne bellaco.—Favor que no merezco, señora.—No te hagas el simple, dijo marchándose; que no quiero comprometerte. Díle á ese hombre que, á fuerza de ser terco, me ha vuelto curiosa. Díle que deseo ya conocerle.»
PER. ¡Eso dijo?
CLAUS. Y se marchó corriendo, para que no viese que se le ponia el rostro como un pimiento colorado, de vuestra tierra.
PER. Toma, Claus, toma por esa feliz noticia. (*Dále dinero.*)
CLAUS. (*Aparte.*) Y van hoy tres tomas por noticias de mi ama.
PER. Por fin, ya quiere saber quién le escribe.
CLAUS. Y ¿qué sucederá cuando sepa que su tio es su amante anónimo?

PER. Eso es lo que temo ; pero ¿de qué otro arbitrio me habia de valer en mi situacion ? Yo, que amo ahora con delirio á Matilde, no podia sufrirla cinco años há, y ella me correspondia con su cordial aborrecimiento.

CLAUS. ¡Es posible!

PER. Mi hermana, madrileña como yo, servia á la Infanta doña María, ántes que Su Alteza casase con Fernando III. Al venir á Alemania doña María, se trajo á mi hermana y la casó con un buen caballero, cuya casa solariega radica en los dominios del Archiduque.

CLAUS. Allí nació la señora Matilde.

PER. A los seis años quedó huérfana.

CLAUS. Os la enviaron á Madrid.

PER. Me encargué de educarla. Ya ves que ahora mi sobrina es el ornamento de este palacio por sus gracias y elegante despejo... Entónces era casi fea... y tan ruda! Cinco años tardó en aprender el castellano medianamente : cinco años fueron de desesperacion para mí. Los españoles no tenemos sobrada paciencia para enseñar.

CLAUS. Ni para aprender.

PER. Para nada. Dice un refran de allí, que la letra con sangre entra : la instruccion que recibió de mí la pobre Matilde, fué acompañada de tantas angustias... ¡Así me odiaba ella!

CLAUS. Con escuela tan dulce...

PER. Doña María, Emperatriz ya, se acordó de Matilde, y me escribió á Madrid que se la trajese para menina de la Archiduquesita Mariana : vinimos á Viena. Ella en palacio, yo en mi casa, estábamos como apetecíamos: Matilde, libre de un maestro verdugo, y yo sin una discípula impertinente. Pero al rayar Matilde en la juventud, y al salir de una enfermedad, su comprension, ántes limitadísima, se trocó de pronto en vivo y penetrante ingenio; la niña de poco agradable aspecto, fué paso á paso transformándose en una dama de brillante hermosura; y al propio tenor, el dómine adusto en galan rendido. Yo, que habia ansiado separarme de mi sobrina, ya no podia vivir sino donde me alumbrara la luz de sus ojos; pretendí, conseguí que se me nombrase preceptor de castellano y latin de la Archiduquesa; volvimos á habitar bajo un mismo techo Matilde y

yo; traté de reparar mis antiguos rigores, y cesó ella de aborrecerme; pero noté que en su corazon se albergaba una antipatía contra mí, que sin ser muy fuerte, era de temer que fuese invencible. Quise renunciar á toda esperanza; admití una comision para la corte de Felipe IV; mi amor se tornó más violento en la ausencia; y desde Madrid, desde aquella casa donde tanto habia hecho gemir á la infeliz criatura, le escribí papeles, que recibieron sobre sí muchas veces mis lágrimas. Decíale en ellos que me era forzoso encubrirle por algun tiempo mi nombre y mi rostro; que podria contestar á mis cartas por medio de...

CLAUS. El señor Archiduque vuelve.

PER. Déjame solo. (*Váse Claus.*)

ESCENA VIII.

LEOPOLDO.—PER-AFAN.

LEOP. Perdonad si he tardado.

PER. Señor !...

LEOP. Maese Per-Afan, vos sois un español honradísimo, y teneis una sobrina alemana, tan buena como vos: yo, que os conozco, me intereso por ambos.

PER. Beso vuestros piés augustísimos.

LEOP. Don Per-Afan, vuestra sobrina se halla ya en edad de tomar estado.

PER. Cierto que sí, Príncipe Serenísimo.

LEOP. Doctor Per-Afan, vuestra sobrina pudiera estar mejor que en este palacio.

PER. Quién lo duda? Hay tanto pisaverde en la corte!...

LEOP. Pisaverdes y pisamaduros hay, que son de temer. Vos habeis hecho un viaje á Madrid en este año sin vuestra sobrina; ¿quisierais hacer otro con ella, no más que al Tirol?

PER. Con grandísimo gusto. Si partí sin Matilde á España, fué porque el Emperador no permitió que la Archiduquesita se quedara sin su predilecta menina.

LEOP. Penetro la razon. Pues, Doctor, yo quisiera que tio y sobrina partieseis á Inspruck inmediatamente, con un mensaje para la Archiduquesa Claudia.

PER. Se dice si su Majestad Imperial se casa ó no se casa

con la hija mayor de la Archiduquesa: ¿tendria relacion con eso nuestro mensaje?

LEOP. Relacion estrechísima, Doctor Per-Afan.

PER. En arreglándolo con su Majestad Vuestra Alteza, disponga de Matilde y de mí.

LEOP. Yo salgo á todo. ¿Qué estado convendria más á vuestra sobrina?

PER. Si mi voto valiera... Pero Vuestra Alteza puede informarse mejor de la interesada.

LEOP. Con aquel hábito de la Anunciacion, está hecha una imágen.

PER. Por eso dice que no piensa quitárselo nunca.

LEOP. ¡Eso dice? Perfectamente! Bien haya su boca! Y vos qué decís?

PER. Yo... (*Aparte.* Ésta es la ocasion de agenciarme un padrino.) Señor, un palaciego me pidió hace poco la mano de Matilde; yo le declaré que estaba en ánimo de negársela á todos.

LEOP. No pudierais haber contestado más á mi gusto.

PER. Vuestra Alteza comprenderá lo que tal contestacion significa.

LEOP. No es muy difícil. Hoy haré una plática á Matilde sobre ese punto, y espero demostrarle cuál es para ella el mejor esposo.

PER. Cuánta bondad!

LEOP. Maese Per-Afan, yo quiero concluir este asunto con gran celeridad y secreto.

PER. Qué más pudiera desear yo?

LEOP. Esta noche á las diez, sin decir nada á nadie, partiréis con Matilde.

PER. Á Inspruck?

LEOP. Á Inspruck. Os acompañará uno de mis capellanes que os presentará á la Archiduquesa Claudia, y ella propia será la madrina. El dote corre por mi cuenta.

PER. No sé cómo expresar á Vuestra Alteza mi agradecimiento. Capellan, madrina, dote... en todo ha pensado Vuestra Alteza.

LEOP. Hasta en el convento.

PER. ¡Convento?

LEOP. Si os es igual, yo preferiria el de la Anunciacion.

PER. Ah! Como lleva Matilde ese hábito, quereis que sea allí donde cambie de estado. Bien, lo mismo nos da.

LEOP. Ahí teneis á vuestra sobrina. Decidle algo, y yo luégo le diré lo demas.

ESCENA IX.

MATILDE, *con hábito de la Anunciacion* (1).—PER-AFAN.

MATILDE. Ay, señor tio! ¡qué mal rato os habré hecho pasar con la pérdida de vuestro manuscrito! Lo he sentido más, por lo mismo que no os habeis enojado.

PER. No se enoja ya con Matilde su tio. Demasiado áspero fuí contigo cuando eras niña.

MATILDE. Díganlo mis orejas. Esta me la despegasteis una vez de un tiron.

PER. Me lo has perdonado, Matilde?

MATILDE. ¡Perdonar? Vos me pedis perdon!

PER. No viviria si me aborrecieses, Matilde.

MATILDE. ¿Sabeis, tio, que de poco tiempo á esta parte os habeis hecho bondadosísimo?

PER Te pesa de ello?

MATILDE. Todo al contrario: necesitaré tantas veces de vuestra indulgencia!

PER. Acaso necesite yo más de la tuya.

MATILDE. ¿De la mia! Por qué?

PER. Por ocasiones que se ofrecen. Ahora acaba de proponerme el Archiduque Leopoldo que me vaya contigo al Tirol.

MATILDE. Á qué?

PER. Á un negocio de estado. Y yo, sin aguardar tu consentimiento, he dicho que iríamos.

MATILDE. Pues, tio, perdonad. Yo no querria salir de Viena.

PER. Por?...

MATILDE. Por no disgustar á la Archiduquesa. Me quiere en extremo; la quiero igualmente; por ella uso este hábito; anda triste desde la muerte de don Baltasar, y se opondria á que el Emperador me diese licencia para acompañaros.

PER. Si tuviera yo que ausentarme de Viena sin tí, mucho lo sentiria un paisano mio.

(1) Hábito pardo, escapulario encarnado, manto y toca blancos, y velo negro.

MATILDE. Quién?

PER. Un caballero de Madrid, que debes conocer, por escrito á lo ménos.

MATILDE. ¡Por escrito?

PER. Durante mi ausencia, y áun despues que volví, ¿no has recibido algunas cartas que no han venido por el correo?

MATILDE. (*Con gran viveza é interes.*) Quién me las ha escrito? Le conoceis? Decidme todo lo que sepais.

PER. Diré cuanto pueda.

MATILDE. Su nombre, tio, su nombre lo primero.

PER. Él te lo dirá ántes que lleguemos á Inspruck.

MATILDE. ¿Él! Va tambien á Inspruck ese caballero?

PER. Sí, conmigo.

MATILDE. ¡Con vos? Vaya, pues entónces me dará licencia Su Majestad.

PER. Con que tú deseas conocer á tu amante incógnito?

MATILDE. Si hace ya cinco meses que me está escribiendo ternezas... Aunque no sea más que por curiosidad... ¿Qué especie de persona es?

PER. Persona... de claro linaje... buen sujeto...—Conveniencias, nada más que medianas.

MATILDE. Y... qué edad?... qué aspecto?..

PER. Mediano todo. Si hoy no se ven más que medianías.

MATILDE. Mediana edad... Es decir que la suya...

PER. Se halla entre la del Archiduque y la de Su Majestad.

MATILDE. El Emperador tiene treinta y ocho años, el Archiduque treinta y dos: con que nuestro incógnito contará...

PER. Treinta y cinco.

MATILDE. Treinta y cinco años... Sí: él ya me previno en su declaracion que no era un muchacho... Treinta y cinco años... De manera que tiene... los mismos que vos!

PER. Yo todavía no los he cumplido.

MATILDE. Y él sí?

PER. Él... tampoco. Lo que tú has dicho, mi propia edad.

MATILDE. Pero decidme, señor tio: siendo ese don... El incógnito tendrá don.

PER. Por supuesto.

MATILDE. Siendo ese don Fulano persona aceptable, ¿por qué no se me ha presentado á cara descubierta en vez de escribirme?

PER. Eso lo sabrás en Inspruck. Lo que puedo decirte ahora, es, que ese hombre, como te ve más jóven que él, her-

mosa, favorita de la Archiduquesa, y en disposicion de aspirar á un destino brillante; como él es extranjero, y no descuella ni por ilustre, ni por buen mozo, ni por opulento, ha dicho para sí: «Matilde merece un esposo mejor que yo; pero yo la quiero como nadie podrá quererla; pongamos por delante mi amor, que es en mí lo que vale mucho, y luégo se presentará la persona, que vale ménos.»

MATILDE. Siempre vale algo el que no es presumido. Vos, tio, me pintais al incógnito de manera... En resúmen, ¿qué me aconsejais?

PER. Matilde... yo...—De tu corazon es de quien debes tomar consejo.

MATILDE. Doy calabazas al don Fulano?

PER. Oh! No lo merece.

MATILDE. Un susto pequeño sí le estaria bien empleado.

PER. Por qué?

MATILDE. Por la zozobra en que me trae tanto tiempo há. Aturdida, azorada, pensando en él, condené al fuego vuestros comentarios á Séneca. Y luégo, cierta dósis de honesta esquivez no es mal estímulo para un amante así, cachazudo. Decidle que...—Que prefiero á otro sería demasiado mentir.—Decidle que tengo mucho cariño á este hábito, que quiero ser monja.

PER. Fuerte pesadumbre le voy á dar.

MATILDE. Componedlo de suerte que no se aflija tanto... y conserve alguna esperanza. Tal vez con el miedo se declare ántes.

PER. Ah! Por eso lo haces?

MATILDE. Me parece un medio bastante eficaz.

PER. Te saldrás al fin con la tuya. El don Fulano tomará la vénia del Archiduque...

MATILDE. Entiende el Archiduque en este negocio?

PER. Y te ofrece un buen dote, y ya tiene buscada madrina, y hasta el capellan que ha de casarte en la iglesia de la Anunciacion de Inspruck.

MATILDE. Es bien raro eso en el Archiduque: más suele proteger los monjíos que los matrimonios.

ESCENA X.

FERNANDO.—PER-AFAN. MATILDE.

FERN. Dios os guarde, amigos.

PER. Besamos los piés á Vuestra Cesárea Majestad.

FERN. Vos, Matilde, y vos tambien, Maese Per-Afan, podeis prestar á mi corona un singular servicio.

MATILDE. Dicte órdenes Vuestra Majestad Imperial á su humilde súbdita.

PER. Disponga Vuestra Majestad Imperial de un español agradecido.

FERN. Vos, por Tenienta de Aya, vos por maestro de mi hija, teneis ascendiente con ella.

PER. Yo, poco; Matilde es quien...

FERN. Á Matilde me dirijo principalmente. Se trata de casar á la Archiduquesa con su tio... vuestro Rey, Doctor Per-Afan.

PER. En efecto, cuando yo salí de Madrid, ya se susurraba la boda.

FERN. Cómo se recibia en España la idea?

PER. Muy bien, señor, sumamente bien. La Archiduquesa es hija de nuestra Infanta doña María, que fué queridísima de los españoles.

FERN. Pues, amigos, la Archiduquesa repugna esta boda.

MATILDE. Oh! la Archiduquesita es dócil y obediente.

FERN. Hará lo que su padre le mande, sí; pero querria yo persuadirla de modo, que obedeciera sin asomo de repugnancia, que se casara de buen grado, con gusto. Querida Matilde, el Emperador os confiere este encargo.

MATILDE. Honrosísimo es; impropio, por lo mismo, de mi persona.

FERN. Vos sois muy capaz de llevarlo á su término.—Creo que mi hermano me busca por esas antecámaras: entretenedle un momento, don Per-Afan.

PER. Cabalmente yo tenia que hablar á Su Alteza. (*Váse.*)

ESCENA XI.

FERNANDO.—MATILDE.

FERN. Matilde, la recompensa de este servicio no desdecirá de su magnitud.

MATILDE. No dudará Vuestra Majestad que profeso el más reverente amor á la Archiduquesa. Contribuya yo en algo á su bien, y no aspiro á más paga.

FERN. El amor á la hija debe agradecéroslo el padre. Bella Matilde, hay en mi corte quien suspira en silencio por vos.

MATILDE. ¡Por mí?

FERN. Alguna muestra de su cariño habréis recibido.

MATILDE. Yo...

FERN. ¿No habeis hoy hallado en vuestro tocador...

MATILDE. Ah! sí, señor: una joya riquísima.

FERN. Riquísima! Es de muy escaso valor para lo que vuestras prendas merecen.

MATILDE. ¿No podrá Vuestra Majestad revelarme el nombre de ese oculto galan?

FERN. Él desea con ansia decíroslo, y no tardará. Guardad por ahora un impenetrable secreto, y veréis pronto cuán digno es de una agradecida correspondencia el vivo y tierno amor que habeis inspirado.

MATILDE. No creo que éntre la ingratitud en el número de mis defectos; la curiosidad, sí.

FERN. Reprimidla unos pocos dias, unas horas al ménos. Entended que hay en Viena quien amenaza perseguir ese amor naciente.

MATILDE. Áun no sé si amo, y ya tengo enemigos! Defiéndame Vuestra Majestad.

FERN. Fiad en vuestro amante, fiad en mí.—El Archiduque! Despues hablaremos. (*Váse.*)

MATILDE. Un amante anónimo! Un enemigo oculto! ¿Quién es el uno? Quién será el otro?

ESCENA XII.

LEOPOLDO.—MATILDE.

LEOP. Matilde, estaréis ya enterada por vuestro tio, de que he tomado á mi cuenta el estableceros.

MATILDE. Soy vasalla vuestra de orígen, soy vuestra sierva por gratitud.

LEOP. Peligrais en este palacio, Matilde, peligrais en Austria.

MATILDE. Lo acabo de saber con asombro. Yo no merezco la per-

secucion que se me prepara, yo estoy inocente, yo estoy ignorante de todo.

LEOP. Me consta, y quiero conservar á todo trance vuestra inocencia. Partiréis esta noche á Inspruck.

MATILDE. Es que se me ha conferido el encargo...

LEOP. Ya tengo entregada á mi capellan vuestra dote.

MATILDE. Oh, señor!...

LEOP. Mi prima Claudia os servirá de madrina.

MATILDE. Tantas honras á mí!...

LEOP. De aquí á ocho dias seréis monja en el convento de la Anunciacion.

MATILDE. ¡Monja? Yo monja! ¿No le ha dicho á Vuestra Alteza mi tio?...

LEOP. Que amais ese hábito: ¡feliz noticia para mí, que necesito colocaros en un monasterio!

MATILDE. Señor Archiduque, mi tio y Su Majestad saben que yo he principiado á prestar oidos...

LEOP. Á la voz del Señor, sí: perseverad en vuestro santo propósito, y absteneos de decir palabra al Emperador: vuestro señor natural os lo veda. Hoy la partida; dentro de una semana renunciais al mundo, y evitais el peligro que os amenaza. (*Váse.*)

MATILDE. Dios mio! ¿Qué va á ser de mí!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

La Archiduquesita Mariana *y* Don Per-Afan , *sentados á una mesa de estudio.* Cunegunda *y otras* Dueñas , Otilia *y otras* Meninas , *haciendo labor junto á la chimenea.*

Per. Principiemos la traduccion de Virgilio.

Mariana. Pero, y Matilde? No acierto á dar leccion sin ella.

Cuneg. Ha dicho que necesitaba presentarse á Su Majestad: estará esperando ocasion.

Mariana. Aquí podia esperar tan bien como en la antecámara de mi padre. Se acaban de recibir noticias del ejército, y se han encerrado mi padre y mi tio á tratar de la guerra: me figuro que no despacharán tan pronto, porque eso de matarse los hombres, bien merece pensarse despacio.

Per. Y nosotros? Cuándo pensamos en nuestro latin?

Mariana. Pensemos; pero no traduzcamos.

Per. Cuatro versos no más.

Mariana. No me gustan los versos latinos.

Per. Tres líneas en prosa.

Mariana. La prosa me fastidia. Á mi hermano, que se cria para obispo, le aburre el latin: qué me pasará á mí con él?

Per. Ea , si es un instante.

Mariana. Don Per-Afan, si quereis que traduzca ese punto, me habeis de enseñar ántes una traduccion de burlitas.

PER. ¿Cómo, de burlas!

MARIANA. Sí, de esas de *conservare digneris*, conservar el dinero; *Deum de Deo*, dé donde diere.

PER. Vaya por Dios! ¿Cómo entendeis en su recto sentido la cláusula *qui temperas rerum vices?*

MARIANA. El *qui*, segun el verbo que le sigue, debe corresponder á segunda persona de singular: con que deberá traducirse *tú que. Temperas*, templas.

PER. Moderas, riges.

MARIANA. *Vices*, las veces.

PER. Las vicisitudes, el órden alternado.

MARIANA. *Rerum*, de las cosas. Tú que riges las vicisitudes.....

PER. Del mundo. Pues oid otro género de version. En un pueblo de España tenia cátedra de latinidad un dómine muy bondadoso y muy sufrido, contra la costumbre de los gramáticos. Poseia el buen dómine un huertecillo, en medio del cual descollaba un peral corpulento, cuya fruta vendimiaban de tal manera los alumnos ciceronianos, que el pobre maestro no la cataba. Fuése un dia al huerto, y sorprendió á todos sus discípulos despojando el peral. Sin irritarse, los llamó uno por uno; y reunidos en su presencia, preguntó al mayor por qué le robaban de aquella suerte. «Dómine, respondió sin cortedad el muchacho, es que hemos leido en vuestro breviario, *qui temperas rerum vices. Qui temperas* quiere decir *quiten peras.—Rerum vices*, replicó el dómine; *raras veces*, no siempre, no todos los dias, reniego de vosotros; que no cojo ninguna.»

MARIANA. No gastaba mal genio el tal preceptor.

PER. Aplicando yo sus palabras al caso presente, rogaré á Su Alteza la Archiduquesita Mariana, que pida cuentecillos á su maestro de latin *raras veces*, no á cada paso, porque se irá en cuentos la hora de estudio.

MARIANA. Dispensadme por hoy; estudiaré mañana doble.

PER. Cesa aquí por hoy la leccion de latin; pasemos á la de castellano.

MARIANA. Para qué quiero aprender ya ese idioma?

PER. Para entender á vuestros vasallos.

MARIANA. Mis vasallos hablan aleman como yo.

PER. Los actuales, que os llaman *Alteza*; ¿no querréis cambiarlos por otros que os dén *Majestad*?

MARIANA. Si me vais á hablar de eso, prefiero la leccion de latin.

PER. Leamos unos versos en español.

MARIANA. Quereis que os diga de memoria unos que sé?

PER. Cuándo los habeis aprendido?

MARIANA. Anoche: son de una comedia.

PER. Quién os la ha dado, contra las órdenes de Matilde?

MARIANA. Se la dejó ella en mi dormitorio.

PER. Y qué comedia es?

MARIANA. *Los Amantes de Teruel*, compuesta por el Maestro Tirso de Molina. Es muy divertida: hace llorar tanto!...

PER. Buena diversion!

MARIANA. Hay allí un jóven que se marcha á la Morería, y cuando vuelve, se muere de pena, porque su dama se ha casado con otro. El entierro de él pasa por delante de la casa en que vive ella, y es á tiempo que la estaban peinando. Como se oye la bulla, se asoma la criada, y vuelve á su ama y le dice...—Veréis qué versos tan sentidos!

PER. Recitadlos ántes que aparezca Matilde. Empezad.

MARIANA. (*Declamando.*) Ponte á la ventana,
y asida á la reja,
verás con asombro
la villa revuelta.
Campanas que doblan,
á todos inquietan
de muros adentro,
de fosos afuera.
Cuadrillas, formadas
en calles diversas,
corriendo por otras,
ocupan la nuestra.
Piadosos vecinos
que arrastran bayetas,
bañados los ojos,
caminan por ella.
En muchos balcones
arrancan de pena
sus rubios cabellos
hidalgas doncellas.
Matronas y ancianos
con lágrimas tiernas
la ropa de luto
salpican de perlas.

Óyense suspiros
que el aire penetran:
el eco doliente
suspira en respuesta.
En son destemplado
tambores resuenan,
pausado quejido,
clamor de la guerra.
Detras de ellos viene
la gente de Iglesia
con capas de coro
y fúnebre cera:
los golpes de caja
y el canto de exequias
mezclados infunden
extraña tristeza.
Despues, más abajo,
se ven por la tierra
de moros vencidos
rasgadas banderas;
y en hombros de nobles
un féretro asienta,
y en él va un guerrero
con palma en la diestra.
Lanzando alaridos
el pueblo le cerca:
su gloria le llaman,
sin gloria se quedan.
Ya dicen las voces
que el féretro llega,
y el alma te dice
quién es el que entierran.

ESCENA II.

MATILDE.—MARIANA. PER-AFAN. CUNEGUNDA. OTILIA. MENINAS. DUEÑAS.

MATILDE. Muy bien, señora Archiduquesa! muy bien! ¡Lindo modo de aprovechar el tiempo!

MARIANA. Ay, Matilde! Perdóname.

MATILDE. Leer un libro que yo no os he dado! una farsa! Ni puedo

perdonároslo á vos, ni á este señor maestro que no os lo reprenda.

PER. Yo te ruego por mi discípula.

MATILDE. Rogais en vano: y os advierto que no debeis tutearme como á sobrina cuando hablo como Tenienta de Aya de Su Alteza Imperial.

PER. Se os complacerá, señora Tenienta.

MATILDE. (*A Mariana.*) Iréis á vuestro cuarto y estudiaréis una hora más de latin.

MARIANA. No! tanto no!

MATILDE. Estudiaréis hincada de rodillas.

MARIANA. Por Dios!

MATILDE. Y sin almohadon.

MARIANA. Con qué humor vienes!

MATILDE. (*A las meninas y dueñas.*) Acompañad á la Archiduquesa por espacio de una... por espacio de media hora.

MARIANA. (*Aparte á Otilia.*) Ya ha habido rebaja.

OTILIA. (*Aparte á la Archiduquesa.*) Serán quince minutos. (*Vánse la Archiduquesa, Cunegunda, Otilia, las meninas y las dueñas.*)

ESCENA III.

MATILDE.—PER-AFAN.

PER. Sabes que dice bien tu discípula? que traes un humor insufrible?

MATILDE. Sabeis lo que el Archiduque me ha dicho?

PER. Que te casa y te dota, supongo yo.

MATILDE. Si está empeñado en que he de ser monja!

PER. ¡Monja?

MATILDE. De este hábito: para eso quiere sacarme esta noche de Viena. Porque no estoy bien aquí, porque me persiguen. Y el Emperador me habia dicho ántes lo mismo.

PER. Tambien quiere ahuyentarnos de Viena el Emperador?

MATILDE. Él, creo que no, porque me encargó delante de vos que procurase reducir á la Archiduquesa á casar con su tio. Confusa con tales contradicciones, he querido verme con Su Majestad Imperial, y no ha sido posible: de modo que estoy fuera de mí. Yo quise dar un susto á ese don Fulano con lo de mi supuesto monjío; pero el chasco se vuelve contra mí propia, se convierte en verdad.

PER. No será tal, si Dios me da vida. Tú monja! ¡Bien quedaba entónces tu oculto amante!

MATILDE. ¿Cuánto va á que todo este embrollo nace de algun desatino, hecho á medias entre vos y él? Porque vos, tio, ¡me habeis dado tantas pesadumbres desde la hora fatal en que os conocí!

PER. ¡Fatal consideras aquella hora? ¿Estás cierta de que has llegado á conocer bien á tu pobre tio!

MATILDE. Á otro me importa conocer más que á vos: y en verdad que no se comprende qué motivo justo hay para tanto misterio. El hombre de bien, el que lícitamente puede pretender á una dama, no niega su nombre. Ahora mismo vais á decirme el de mi galan incógnito, que, á pesar de su elocuencia epistolar, ya me tiene harta, sin haberle visto ni oido.

PER. Matilde...

MATILDE. Nada, nada, en este instante me lo vais á decir.

ESCENA IV.

LEOPOLDO.—MATILDE. PER-AFAN.

LEOP. Matilde, he sabido que habeis solicitado con gran empeño hablar á Su Majestad Imperial. No sería para contarle lo que hemos tratado.

PER. Señor Archiduque, nosotros quisiéramos...

MATILDE. Señor Archiduque, no debo mentir. Vuestra Alteza me honra con favores que yo no merezco: la perfeccion del estado religioso no es para mí.

LEOP. ¿No! Pues yo os lo propuse, porque me dió su aprobacion vuestro tio.

MATILDE. ¡Mi tio? Para mí siempre vienen los azares por su conducto.

PER. Señor, Vuestra Alteza me dijo, que sería conveniente dar estado á Matilde: me habló de dote, de esposo... Yo me figuré que Vuestra Alteza pensaba casarla.

LEOP. Si me asegurasteis que Matilde no querria despojarse nunca de ese hábito.

PER. Yo lo dije, sin intencion, porque se lo habia oido á ella.

MATILDE. Yo lo he dicho, porque mi anónimo me escribió en una de sus cartas, que era el traje que me estaba mejor.

LEOP. ¿Cartas os ha escrito ya vuestro amante!

MATILDE. Muchas. Vuestra Alteza lo ignora?

PER. Y por qué lo habia de saber el señor Archiduque?

LEOP. No estoy yo tan á oscuras del tal galanteo, Doctor Per-Afan. (*A Matilde.*) Pero yo entendia que solo os habia enviado una joya.

PER. ¡Una joya? Qué joya has recibido, Matilde?

MATILDE. Esta que veis. (*Mostrándola.*)

PER. Esta! Yo no la conozco. Y es de gran coste. ¿Quién la puso en tus manos?

MATILDE. Hoy me la he encontrado en un cofrecillo que hay encima de mi tocador.

PER. Matilde, el que te ha dirigido las cartas, no te ha regalado esta joya.

LEOP. Pues el que le regala esa joya, todavía no le ha escrito una línea.

PER. Yo no conozco á ese hombre.

LEOP. Ni yo á ese otro.

MATILDE. De manera que segun averiguo...

LEOP. Teneis dos amantes.

MATILDE. De los cuales al uno conoce mi tio, al otro Vuestra Alteza, y yo á ninguno.

PER. No debe quedarse Matilde para monja con dos pretendientes.

LEOP. Pues el que yo conozco no ha de ser su marido.

MATILDE. (*Aparte.*) Si será el mejor?

LEOP. Por eso queria yo trasladaros á Inspruck. (*A don Per-Afan.*) Quién es el que vos conoceis?

MATILDE. Decidlo por fin.

PER. Á Matilde, no puedo.

LEOP. Y á mí, podeis confiármelo?

PER. Sin la menor dificultad. (*Aparte á Leopoldo.*) Señor Archiduque, el de las cartas soy yo.

LEOP. (*Aparte á don Per-Afan.*) Vos! Me alegro mucho. Contad conmigo.

PER. (*Aparte al Archiduque.*) Quién es el de la joya?

MATILDE. (*Anunciando.*) Señores, el Emperador.

LEOP. (*Aparte á don Per-Afan.*) Matilde os lo ha dicho.

PER. Ah!

LEOP. No iréis al convento, Matilde.

MATILDE. (*Aparte.* Respiremos.) Voy á indultar á la pobre Archiduquesita. (*Váse.*)

ESCENA V.

FERNANDO.—LEOPOLDO. PER-AFAN.

FERN. Doctor Per-Afan, mi Director de minas, el Conde de Russ, me escribe desde Praga una nueva importante. Parece que un desconocido, vascongado segun las señas, ha descubierto la verdadera piedra filosofal.

LEOP. Da el Conde crédito á esas patrañas?

FERN. Me dice que el desconocido le ha proporcionado unos polvos de color de púrpura, con los cuales el azogue se convierte en oro purísimo.

LEOP. Haz venir á Viena á ese español.

FERN. Se marchó ya de Praga, y no se sabe su paradero. Pero ha dejado al Conde una especie de instruccion ó receta para obtener esos polvos purpúreos, receta de que no puede el Conde servirse, por estar escrita en vascuence. Como vos, Doctor Per-Afan, sabeis ese idioma...

PER. Yo traduciré la instruccion, al momento que Vuestra Majestad Imperial se sirva entregármela.

FERN. No quisiera enviarla el Conde, sino que se la tradujeran allí. Me haréis, pues, el favor de pasar á Praga...

PER. ¡Á Praga?

FERN. Poniéndoos esta tarde en camino, ó mañana temprano.

PER. Señor...

LEOP. (*Aparte.*) Quiere separar al tio de la sobrina.

FERN. No doy entera fe al aviso del Conde; pero, en conciencia, tampoco debo desatenderle. La guerra tiene mi tesoro agotado; si por ese medio pudiera librar á mis vasallos de algunos gravámenes, favor les haria. Conviene, amigo Doctor, salir sin tardanza.

PER. (*Aparte.*) Abandonar á Matilde ahora!

LEOP. Yo daré leccion á mi sobrina, don Per-Afan. (*Con intencion.*) Yo supliré por vos en cuanto fuere necesario.

PER. Deberé á Vuestra Alteza una inestimable merced.

FERN. Preparad vuestro viaje.

PER. Obedezco á Vuestra Majestad Imperial. (*Váse.*)

ESCENA VI.

FERNANDO. LEOPOLDO.

FERN. Leopoldo, tu partida tampoco podrá diferirse: los franceses y los suecos toman otra vez la ofensiva. (*Da un pliego al Archiduque.*) Lee ese nuevo parte recien llegado.

LEOP. (*Leyendo.*) «Turena avanza contra Munich... Vrangel saquea la Bohemia...»—Tienes razon, Fernando: no espero más. Con las fuerzas y provisiones que hay reunidas, marcho mañana; tú enviarás el resto.

FERN. Iré yo con él.

LEOP. (*Aparte.*) La defensa de Munich importa más que la de Matilde. (*Váse.*)

ESCENA VII.

MATILDE.—FERNANDO.

FERN. Matilde, la guerra separará de vos dentro de poco al amante por quien me intereso.

MATILDE. (*En tono supositivo.*) Vuestra Majestad se interesa por el de la joya.

FERN. Pues ¿qué! teneis otro?

MATILDE. Ahora acabo de averiguarlo.

FERN. Y quién es el audaz que compite?...

MATILDE. Parece que es un paisano de mi tio. Él le conoce; pero yo solamente conozco su letra.

FERN. Os ha escrito?

MATILDE. Una porcion de cartas en español.

FERN. Y el buen don Per-Afan protege á ese amante?

MATILDE. Con mucho empeño.

FERN. Sin deciros su nombre?

MATILDE. Sin declarármelo, por más que le ruego, cosa que me desagrada bastante.

FERN. Para no disgustaros, no imitaré yo su reserva. ¿Quereis ver esta noche á mi protegido?

MATILDE. Verle... Dónde?

FERN. Donde no sea visto sino de vos. En vuestra habitacion.

MATILDE. Mi habitacion se cierra, y mi tio recoge las llaves.
FERN. No duerme el Doctor esta noche en Viena: saldrá luégo á Praga.
MATILDE. Yo no puedo recibir á solas á un hombre.
FERN. Le recibiréis en presencia mia.
MATILDE. Á qué hora?
FERN. Á las doce.
MATILDE. ¿Me responde Vuestra Majestad Imperial de que no arriesgo nada en esa entrevista?
FERN. Qué peligro podeis correr que yo no repare?
MATILDE. No acierto á librarme de una dolorosa inquietud. Si mi tio se ausenta, quedo yo sin custodia: sírvame de escudo, sírvame de padre Vuestra Majestad Imperial.
FERN. ¿Nace ese temor de que os inclinais con preferencia al galan extranjero?
MATILDE. No, señor; el ser amigo de mi tio no es una recomendacion para mí: puede parecérsele, y tengo muy presente cómo me trataba de niña. Además, por lo mismo que el señor Archiduque se opone á que el galan de la joya sea mi marido...
FERN. Conoce mi hermano al galan de la joya?
MATILDE. Tanto, que para impedir nuestra union, queria sacarme de Viena esta noche.
FERN. ¡Esa estratagema disponia mi Generalísimo?
MATILDE. Y enviarme á Inspruck, y colocarme de religiosa en el convento de la Anunciacion.
FERN. ¡Vos religiosa sin mi permiso?
MATILDE. Pero Su Alteza abandonó ya su proyecto: por eso no reparo en dar cuenta á Vuestra Cesárea Majestad.
FERN. Ved si os anuncié yo con razon que amenazaban persecuciones á vuestro amante.
MATILDE. Es lo que me inclina á decidirme por él.

ESCENA VIII.

MARIANA.—FERNANDO. MATILDE.

MARIANA. Señor padre...—Llego á mal tiempo?
FERN. No, hija mia, de ningun modo.
MARIANA. No quisiera que Matilde me penitenciara hoy otra vez.
FERN. Te ha castigado?
MATILDE. Muy levemente: un rato más de estudio.
MARIANA. Arrodilladita en el suelo.

FERN. Trata de tener contenta á Matilde; hoy te lo encargo muy especialmente.

MARIANA. Por qué?

FERN. Porque si tú la enojas, puede ella luégo enojarse con otro. Adios. (*Váse.*)

ESCENA IX.

MARIANA. MATILDE.

MARIANA. Enojarse con otro! Y qué otro es ese? ¿Tu criado Claus, por ventura? ¡Gran sujeto para que se desvele por él un Emperador!

MATILDE. ¿Burloncilla va haciéndoseme Vuestra Alteza!

MARIANA. Un poquito no es grave pecado: así me ha dicho mi confesor, el padre Everardo Nithard.

MATILDE. Servíos de sentaros aquí.

MARIANA. Para qué?

MATILDE. Para arreglaros un poco el tocado: le teneis descompuesto.

MARIANA. Ah! sí; que lo haces á las mil maravillas. No hay dama en palacio que se peine tan bien como tú. (*Se sienta en un sitial, y Matilde, arrodillándose sobre un almohadon, arregla á Mariana el prendido y la ropa.*)

MATILDE. Ya habré perdido la habilidad: mi tocado, ahora, poco tiene que hacer.

MARIANA. Para dos años va que vistes el hábito, y eso que solamente le ofreciste por uno.

MATILDE. Os acordais aún de vuestra dolencia?

MARIANA. Ay! qué dias! qué dolor de cabeza! qué desvarío! ¡qué angustia, y qué sed! Abrí una vez los ojos con tanto trabajo! miré á un lado y otro; me ví tan sola!

MATILDE. ¡Sola, decís?

MARIANA. Sola contigo. Tú estabas de rodillas á los piés de la cama con las manos juntas, ocultando la cara contra la colcha para que no te viese llorar. Te pregunté qué hacias, y me respondiste que un voto para que me restituyera Dios la salud.

MATILDE. Bien empleado fué: sea bendita la divina misericordia!

MARIANA. Á las veinticuatro horas que ya estaba yo buena! Con un brio, con un apetito!... Me tenian á dieta, y tú me traias de tapadillo conservas de España.

MATILDE. (*Aparte.* Esta es la coyuntura.) Vienen de allá cosas que os gustan mucho.

MARIANA. Como no las tenemos aquí... Melones, tomates, pimientos, granadas, limones, naranjas...—naranjas, sobre todo. Las naranjas deben ser las manzanas de oro de las Hespérides.

MATILDE. Si vais por Valencia, veréis campos dilatadísimos cubiertos de azahar.

MARIANA. Valencia... De Valencia se va á Madrid. ¿Me preparas el sermon que oigo á todos?

MATILDE. No, señora, no. Su Majestad Cesárea queria que me valiese de todos los recursos posibles para decidiros á ser esposa de vuestro tio; yo hubiera podido rogároslo echada á vuestros piés; hubiera podido recordaros que me prometisteis, cuando tomé este hábito, concederme una gracia; pudiera pediros que la gracia fuese admitir la corona de España y sus Indias; pero yo, fuera de lo concerniente al cargo de Aya, no pienso molestaros con súplicas ni dirigiros amonestaciones.

MARIANA. No querrás dirigírmelas; pero por sí ó por nó, me echas en cara lo que hiciste por mí, reclamas lo que te he prometido, y te me pones ahí de rodillas á más.

MATILDE. Para serviros de camarera.

MARIANA. Sí, para engatusarme. Pues aunque beses la tierra que piso, nada conseguirás. (*Se levanta.*)

MATILDE. Lo que yo quisiera conseguir es que me escuchaseis tranquila, y si para ello es preciso que ponga los labios en el suelo...

MARIANA. Con esas marrullerías, haces de mí lo que se te antoja. Vamos, levántate. Hazme el favor de levantarte, mujer.

MATILDE. Dadme primero á besar vuestra mano.

MARIANA. Si tienes licencia de mi padre para besarme aquí. (*Le presenta la mejilla.*) Siéntate. Siéntate. (*Siéntase la Archiduquesa en el sitial y Matilde en un almohadon largo, donde apoya los piés Mariana.*) Vamos, ¿qué tienes que decirme?

MATILDE. Ya sabeis que yo todavía no os he hablado palabra acerca del matrimonio que se os ofrece.

MARIANA. Es verdad.

MATILDE. Yo os quiero entrañablemente... y desearia que (fuera con quien fuese) os casarais á gusto.

MARIANA. Con mi tio no puede ser.

MATILDE. En buen hora. Manifestadme las razones en que os fundais para desdeñar ese enlace, y yo se las haré presentes al Emperador, á ver si logro que no os importunen.

MARIANA. Te encargas tú de eso?

MATILDE. Si os he dicho que huyo de contrariar vuestro libre albedrío.

MARIANA. Ahora veo que me quieres de veras. Necesito regalarte mi joya mejor.

MATILDE. Teneis tan poquitas!

MARIANA. Sí: con estos veintiocho años de guerra, el Sacro Romano Imperio está pobre.

MATILDE. Como no poseemos Indias, que envien galeones cargados de oro...

MARIANA. Ay!—Mucho puede gastar, mucho bien puede hacer una Reina de España.

MATILDE. Con lo que ha invertido Felipe IV en fiestas de cañas, comedias y toros, para distraer á su esposa, tal vez se sostendria uno de nuestros ejércitos.

MARIANA. Cañas, comedias, toros...—La funcion de toros debe ser brillantísima.

MATILDE. Admirable, señora.

MARIANA. Y la comedia? Ven las Reinas de España comedias?

MATILDE. Tiene el Rey teatro en palacio.

MARIANA. Cómo me divertirian á mí las comedias de España! Pocas he leido; pero...

MATILDE. Una vez que habeis empezado, gracias á mi descuido, yo os proporcionaré las mejores. Pero hay otro espectáculo más magnífico aún que la comedia en España: ya os he hablado de él.

MARIANA. Sí, los autos sacramentales que representan en el dia del Córpus.

MATILDE. Como aquello no hay nada en el mundo.

MARIANA. Si pudiera verlos yo, sin ir por allá...

MATILDE. Qué lujo se ostenta en Madrid aquel dia!

MARIANA. ¡Lástima es que hayan prohibido á las damas usar guardainfante! Me gustaria á mí tanto ir hecha una campana, con un guardainfante de seis varas de ruedo, y unos chapines de un palmo de altura!

MATILDE. Bien agradecerian las madrileñas que se restableciese esa moda.

MARIANA. ¿Sí!

MATILDE. Las españolas generalmente no son muy altas: por eso les gustan los chapines de gran ponleví.

MARIANA. Aquí me haceis llevar unos zapatillos tan bajos... Tentaciones me dan... No, no: tente, lengua.

MATILDE. Pero, señora, vamos á cuentas. Si os gustan los dulces de España, las naranjas, las comedias, los toros, los guardainfantes, los tacones y los patacones de España, por qué no sois Reina de allí?

MARIANA. Toma! Porque no es Rey aquel. (*Señalando el retrato de don Baltasar.*) Dí tú que mi primo viviera...

MATILDE. Dios no lo ha querido... probablemente por vuestro bien.

MARIANA. ¡Por mi bien, quitarme un esposo tan guapo y tan bueno!

MATILDE. Un ángel era en cuerpo y en alma; pero ¿y si no os hubiera querido gran cosa?

MARIANA. Por qué no habia de quererme?

MATILDE. Os teneis vos por tan buena como él?

MARIANA. Tan mala soy?

MATILDE. Os lo voy á decir muy bajito. Pecais algo de ambiciosilla, de atolondrada y caprichosa, de vana y terca.

MARIANA. Echa más!

MATILDE. Los maridos perfectos no suelen ser los más cariñosos.

MARIANA. Pues con todas mis imperfecciones, tú bien me quieres.

MATILDE. Primeramente, yo ni soy marido, ni soy una santa; en segundo lugar, yo os regaño, os amenazo, os castigo, os hago llorar con frecuencia: ¿gustariais mucho de un esposo por el estilo?

MARIANA. Huy! Ni por pienso.

MATILDE. Don Felipe adoraria en vos, porque (perdóneme su ausencia) valeis más que él.

MARIANA. Cuarenta y un años, y dos hijos, Matilde!

MATILDE. El hijo no vive con el padre; la Infanta es una niña de ocho años.

MARIANA. Pero el Rey es un niño de cuarenta y uno! tres más que mi padre! Cuarenta y uno don Felipe, y yo doce!

MATILDE. Eh! Se hacen tantos matrimonios así!...

MARIANA. Yo no he visto ninguno.

MATILDE. Yo sí, varios.

MARIANA. Dónde?

MATILDE. En España y en Alemania.

MARIANA. Y qué tal se llevan?

MATILDE. Tan lindamente. Como él sea hombre de bien, y ella mujer honrada, poco importa la diferencia de edad.

MARIANA. Pero esas mujeres quizá se habrán casado por su gusto con hombres mayores, y yo no acabo de resolverme á...

MATILDE. Tambien una princesa tiene ciertas obligaciones, de que está libre cualquiera dama particular. Como una corona vale mucho, natural es que, á proporcion, cueste algo.

MARIANA. Si yo viese un ejemplo feliz de lo que me dices...

MATILDE. Qué ejemplo quisierais?

MARIANA. Si yo viese que á una jóven le proponian que se casara con un viejo, y ella obedecia sin gran repugnancia, y no vivia triste con tal marido, puede que entónces...

MATILDE. En dos años ó más, hasta que tengais de catorce á quince, no ha de efectuarse vuestro matrimonio: tiempo os queda para observar alguno de tio formal y sobrina muchacha.

MARIANA. Los quisiera yo tener á mi lado, para ver lo que les pasaba.

MATILDE. No habria dificultad en traeros á palacio una pareja así.

MARIANA. Y si me engañaban? Era menester que presenciase yo la proposicion de boda, para que advirtiera si la novia torcia el gesto; era menester cogerla descuidada; que le hiciese la propuesta yo misma.

MATILDE. Vos daréis estado á vuestras damas, andando el tiempo: se os pudiera ya permitir que establecieseis una.

MARIANA. No quisiera yo casar dama, sino menina.

MATILDE. ¿Menina!

MARIANA. Tú eres mi predilecta, Matilde. Cásate con tu tio, y me caso yo con el Rey de España. (*Se levanta.*)

MATILDE. Señora!...

MARIANA. Nada, está dicho. Compláceme tú, y obedeceré yo dócilmente á mi padre. Tú me has enseñado á soltera, enséñame tambien á casada.

MATILDE. Archiduquesa, reflexionad...

MARIANA. Y mira que sales mucho mejor librada que yo. Quince años te lleva el Doctor Per-Afan: don Felipe me lleva á mí cerca del doble.

MATILDE. Bien, pero...

MARIANA. Y no has tenido un novio como ese. (*Señalando el retrato.*)

MATILDE. No obstante...

MARIANA. Y como, á pesar de tu hábito, no manifiestas vocacion de convento...—Bien que si tratas de meterte monja, no insisto en la idea. Ó monja, ó doña con don Per-Afan.

MATILDE. Esa idea es un capricho extravagante, como los que os tengo reprendidos mil veces.

MARIANA. Yo soy terca si doy en uno, tú misma lo has dicho, y en este no cedo. Yo se lo diré á mi padre y á mi tio y á mi confesor y al Arzobispo de Praga y al ministro Conde de Kevenhüller, y al Embajador mismo de España, Duque de Terranova. Veremos si les parece bien que una maestra se niegue á dar á su discípula leccion de obediencia.

MATILDE. Sosegaos, ilustre discípula: servíos de atender á una observacion. El proyecto de casaros y el de casarme no corren iguales. Vuestro tio, el Monarca español, pretende vuestra mano; mi tio, el Doctor, no apetece la mia.

MARIANA. Ay! es verdad. Mujer, no se me habia ocurrido tal cosa. Tienes mil razones.

MATILDE. Si mi tio tratara de casarse conmigo...

MARIANA. Vuelvo á decir que tienes razon, y que soy una loca. Pero aguarda; que ahora me acuerdo... Mi tio don Felipe nos ha escrito que sus ministros y su Consejo y sus Córtes y el bien de su Reino le han aconsejado que se case con su sobrina; yo, por bien tuyo y mio, por el interes comun de Alemania y España, voy á aconsejar á don Per-Afan que te ofrezca su docta mano.

MATILDE. Si no querrá.

MARIANA. Lo veremos. (*Llamando.*) Otilia!

MATILDE. (*Aparte.*) No deja de inquietarme... Pero mi tio, que favorece al incógnito de las cartas, no ha de prestarse...

ESCENA X.

OTILIA.—MARIANA. MATILDE.

OTILIA. Qué manda Vuestra Alteza?

MARIANA. (*A Otilia.*) Á don Per-Afan, que venga corriendo. (*Váse Otilia.*) Si él se niega, no insistiré; ya sé yo que á los hombres no se les casa tan fácilmente contra su gusto: esa y otras distinciones por el estilo quedan reservadas para nosotras.

ESCENA XI.

PER-AFAN. OTILIA.—MARIANA. MATILDE.

PER. Señora Archiduquesa, cabalmente venia yo en busca de Matilde, cuando salia de aquí la señora Otilia.

MARIANA. ¡La buscabais, eh? Me parece de buen agüero que la buscaseis. (*Váse Otilia.*) Don Per-Afan, á ver: contestadme con sinceridad á una pregunta.

PER. Señora, decid.

MARIANA. (*A Matilde.* No vale hacer señas, cuidado!) La pregunta es muy breve. (*A Matilde.*) Baje la desvergonzada esos ojos. Las doncellas no han de mirar al novio, sino al santo suelo.

PER. ¿Quién es el novio de mi sobrina!

MARIANA. Su tio, si él quiere. Yo os propongo que os caseis con Matilde, y os aviso que por ella no habrá inconveniente.

MATILDE. (*A su tio.*) Vos ya sabeis...

MARIANA. Silencio, niña!—Declarad si os acomoda el partido.

PER. Señora, yo, verdaderamente, no soy digno de tanta dicha...

MATILDE. Ya veis que mi tio rehusa, me da calabazas.

PER. Todo al contrario. Conozco mi falta de méritos; pero cuando la fortuna me hace hallar un tesoro, ¿debo rehusarlo?

MARIANA. Estás de enhorabuena, Matilde. Quedaos con vuestro hallazgo, Doctor: voy á dar cuenta á mi padre y á mi tio, para que os lo adjudiquen definitivamente. Adios, tesoro, adios. (*Váse.*)

ESCENA XII.

PER-AFAN. MATILDE.

MATILDE. Pero, tio, el Señor os ha dejado á vos de su mano.

PER. Por qué? Porque no rechazo la tuya?

MATILDE. No la destinabais al anónimo de las cartas?

PER. No me quejaré yo si se la concedes: entónces yo lo arreglaré con su Alteza.

MATILDE. No, señor; no, señor: vuestro paisano vendrá á ser un español como vos...

PER. Nos parecemos alguna cosa.
MATILDE. Pues no quiero esposo que se os parezca.
PER. Como tienes un galan que te regala joyas riquísimas...
MATILDE. Á ese prefiero: segura estoy de que si le conocierais, me confesariais que aventaja en todo á vuestro paisano.
PER. Sé que le excede en mucho; pero en todo no es fácil.
MATILDE. No digo? Será más ilustre.
PER. Sí, algo más.
MATILDE. Y más rico.
PER. Tambien.
MATILDE. Bastante más jóven.
PER. No, algo ménos.
MATILDE. Más afectuoso, más amante.
PER. Eso queda por ver.
MATILDE. En fin, mucho mejor para mí.
PER. Infinitamente mejor... si se casa contigo.
MATILDE. Él se vale del Emperador, y Su Majestad Imperial quiere esta boda.
PER. Y el Archiduque la contraría. Deja que se anuncie la nuestra, y verás como se apresura á declararte sus intenciones. Juzga entónces y elige.

ESCENA XIII.

FERNANDO. LEOPOLDO.—MATILDE. PER-AFAN.

FERN. Cómo he de acceder yo á un capricho de niña?
LEOP. Para mí es un caso providencial.—Matilde, la boda que os propone la Archiduquesa, merece mi aprobacion completísima: corre á mi cargo solicitar la dispensa de Roma.
MATILDE. Si piensa Su Majestad Imperial como que Vuestra Alteza...
FERN. Sin ofensa de vuestro tio, mi pensamiento se diferencia del de mi hermano.
LEOP. Reflexiona que será para tu hija un espectáculo muy ejemplar y delicioso el de un matrimonio feliz, arreglado por ella.—Teneis que casaros, para que ella case con nuestro pariente y natural aliado, el Rey don Felipe; teneis que amaros, para que Matilde cobre amor á su novio.
PER. Vuestra Majestad y Vuestra Alteza ¿me permiten ma-

nifestar mi humilde opinion?

LEOP. }
FERN. } Hablad.

MATILDE. Tio...

PER. Ese capricho de la Archiduquesita pudiera pasársele en muy pocos dias. Entre tanto que dura, ¿no podríamos contentar á mi señora la Archiduquesa con una farsa?

LOS TRES. Cómo?

PER. Declarando Matilde y yo que estábamos dispuestos á complacerla.

LEOP. No me parece mal.

MATILDE. Pero...

PER. Pero sin obligarnos formalmente á nada. Yo haria el papel de galan respetuoso, Matilde el de vasalla dócil, ó si no, el de víctima resignada; satisfecha la Archiduquesita, prestaria el consentimiento que se desea; y Matilde casaria por último con quien, atendidas las circunstancias, obtuviese el permiso de Su Majestad Imperial.

LEOP. Excelente proyecto, Doctor!

FERN. Si no lo desaprueba Matilde...

MATILDE. Con mi tio, no corro peligro de enamorarme. Por ver cómo se ingenia para el galanteo, porque me pague las rabietas que me hizo pasar cuando niña, consiento en la farsa.

FERN. (*Aparte.*) Mujer al fin.

LEOP. No hay más arbitrio que dar tu beneplácito.

FERN. Bien, estoy conforme.

PER. Vuestra Majestad, en este supuesto, me relevará del encargo que me fué conferido. No me parece ahora oportuno alejarme hasta Praga.

LEOP. Oh! no. Si habeis de obsequiar á Matilde, y Mariana ha de verlo, necesitais permanecer en Palacio. Nosotros partimos, y vos os quedais.

FERN. Pero el bien parecer exige que, declarados novios Matilde y su tio, cesen de habitar en un mismo cuarto.

MATILDE. Seguramente: es uso comun, que no podemos quebrantar sin escándalo.

LEOP. Pasaos á mi habitacion, Doctor Per-Afan.

PER. Miles de gracias.

LEOP. Y dejad vos el hábito desde luégo, Matilde.

ESCENA XIV.

MARIANA. DAMAS. CABALLEROS.—FERNANDO. LEOPOLDO. MATILDE. PER-AFAN.

MARIANA. (*Á la comitiva que trae.* Oís lo del hábito? Eso es que mi tio aprueba desde luégo la boda.) Traigo á estos poquitos señores, para que delante de ellos otorguen mis novios la promesa recíproca de esponsales.

LEOP. En efecto, hemos consentido en lo que deseas, Mariana.

MARIANA. Yo soy tu madrina, Matilde: pediré en tu nombre la licencia, segun costumbre. (*La coge de la mano.*)

PER. Primero á su señor natural, el señor Archiduque.

MARIANA. Ven. (*Matilde se arrodilla ante el Archiduque.*) Tio y señor, Leopoldo Guillermo, Archiduque de Austria, Obispo de Passaw, de Estrasburgo, de Hallerstadt, de Olmutz y Breslaw, Maestre de la Órden Teutónica, Abad de Murbach, Gobernador y Generalísimo, etc., etc., ¿concedeis vuestra vénia á Matilde Ochsenaugen, para dar la mano á su tio el Doctor don Pedro-Afan de Ribera?

LEOP. Alzad, Matilde. El Señor os haga dichosa con el esposo que os conviene. (*Besa Matilde la mano al Archiduque, y se levanta.*)

MARIANA. Ahora, al amo. (*Se arrodilla Matilde ante el Emperador.*) Padre, y Emperador siempre Augusto, ¿permitís á mi Tenienta de Aya que se case... como yo quiero?

FERN. Matilde, haced la dicha de quien os ama. (*Matilde besa la mano al Emperador, el cual la levanta y le dice aparte:*) Esperadme á las doce.

MARIANA. Pregunto: ¿debe tambien pedir licencia á su tio para casarse con él?

PER. No, á su tio toca arrojarse á vuestros piés y á los de Matilde.

MARIANA. Más arriba, á sus brazos.

PER. (*Aparte.*) No la arrancará de ellos el poder del mundo.

MARIANA. (*Á Matilde.*) Como tú he de ser yo: vamos á ver qué ejemplo me das.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Habitacion de Matilde. En el fondo, un balcon interior con celosías y cortinajes, correspondiente á otro cuerpo de la misma habitacion, más alto de piso. Dos puertas á la derecha del espectador: una da paso al cuarto de la Archiduquesita, otra al de Per-Afan. En el costado izquierdo otras dos puertas: la más inmediata al proscenio conduce á una galería de palacio; la de más arriba comunica con el piso alto del fondo. Una mesa, y en ella un espejo y un cofrecillo; al lado opuesto, un retrato de la Emperatriz doña María, colgado en la pared. Sillas, luces.

ESCENA PRIMERA.

Claus, *abatido y preocupado.* Cunegunda, *observándole.*

Cuneg. Claus...
Claus. Esto va mal.
Cuneg. Claus...
Claus. No veo remedio.
Cuneg. Claus!..
Claus. De esta no me libro.
Cuneg. ¿Qué te pasa, que andas tan mustio desde que nos dejó solos el amo?
Claus. No me le nombres.

CUNEG. Por qué? ¿Te trae perjuicio que habite el Doctor en el cuarto del Archiduque?

CLAUS. Archiduque! No me le mientes.

CUNEG. No estamos por eso más distantes del Emperador.

CLAUS. Por la Emperatriz de los cielos, no me recuerdes que hay Emperador en el mundo.

CUNEG. ¿Qué majaderías estás diciendo! Si nos ocurre pedir una gracia, ¿no es bueno tener á uno y otro señor ahí tan á mano?

CLAUS. Ay, Cunegunda! ¡Qué gracias suelen ocurrírseles á los tales señores!

CUNEG. Sirviéndolos bien, haciendo uno cuanto le manden...

CLAUS. Eso hacia yo, y por ello precisamente me veo expuesto... á una exposicion pública...

CUNEG. ¿Exposicion! Explícate más claro; que me traes aturdida y suspensa.

CLAUS. Suspensa! El suspenso voy á ser yo.

CUNEG. ¿Cómo!

CLAUS. Del cuello.

CUNEG. Por qué?

CLAUS. Porque me lo ha ofrecido Su Majestad. Pues. Y la palabra de un César Augusto...

CUNEG. ¿Qué has hecho tú para atraerte una suspension de ese género?

CLAUS. Nada que desdiga de mi calidad de sirviente. Servir al Emperador, servir al Archiduque, servir á mi amo. Han venido los tres á saberlo, y enojados con mi serviciali-dad, que les ha debido parecer excesiva, me ha hecho cada uno por sí una oferta. El Doctor me promete cien palos; el Archiduque un novenario de disciplina en los Capuchinos, y Su Majestad Imperial cinco minutos de horca.

CUNEG. ¡Solos cinco minutos? Cualquier ladronzuelo se lleva siete horas: no sé por qué te asusta cantidad de tiempo tan mínima.

CLAUS. Tú no tienes corazon, Cunegunda. Miento, sí le tienes; de dueña.

CUNEG. Pero ¿qué! ¿no admite apelacion la triple sentencia?

CLAUS. Pudiera admitirla, pues cada uno de los tres me ha hecho con posterioridad un encargo, asegurándome el perdon si lo cumplo. Pero bien: sirvo á uno; dejo mal contentos á dos.

CUNEG. Claus amigo, el adagio dice: «Del mal el ménos.» Obedece á su Majestad Cesárea, líbrate de la ene de palo, y aguanta los de mi señor y los nueve ejercicios.

CLAUS. Mujer, si yo nací para complacer á todos, y no puedo resistir á mi vocacion. Estoy viendo que serviré por fin á los tres quejosos; que van á enfurecerse más porque no les he mantenido la exclusiva; y voy á disfrutar por su órden las tres mercedes: paliza, vapuleo y cuelga.

CUNEG. Principia tú por los cinco minutos, y ríete luégo de lo demás.

ESCENA II.

OTILIA.—CUNEGUNDA. CLAUS.

OTILIA. Señora Cunegunda...

CUNEG. Señora Otilia...

OTILIA. Pasad al salon de su Alteza. Vuestra ama necesita de vos.

CUNEG. Voy allá corriendo. (*Vánse las dos.*)

ESCENA III.

CLAUS.

Real y verdaderamente abusan de mi carácter oficioso estos buenos señores: no hay recurso de que no se valgan para conquistarme, siendo yo tan fácil conquista! Me dice el Doctor: «Cien palos mereces por haber traido á Matilde la joya; cien escudos te pongo en mano, si esta noche dejas descorrido el cerrojo de la puerta divisoria entre el cuarto de Matilde y el que era mio.» Cómo se responde á tan eficaz argumento? Así. (*Llégase á la primera puerta del costado izquierdo, y descorre el cerrojo.*) Paliza, una; cerrojo, uno: de uno á uno, pago. Un acreedor ménos.

ESCENA IV.

MARIANA, *con un capotillo y una cofia de noche.*—CLAUS.

MARIANA. Chit! Claus...

CLAUS. Quién?... ¿Vos por aquí!

MARIANA. Me acostaron; pero en cuanto me quedé sola, me levanté. Matilde tuvo que llamar por un momento á la camarera de guardia; ví la puerta libre, y pif! *volaverunt*. Nadie ha reparado. Como todo anda revuelto con la marcha de mi padre y mi tio...

CLAUS. Tambien sale Su Majestad?

MARIANA. Tambien. Tales noticias ha recibido, que no puede excusarlo. Yo, en el ínterin, quiero observar aquí en su cuarto á Matilde.

CLAUS. Con qué motivo?

MARIANA. Desde la ventana de mi alcoba he divisado un hombre que se escondia en el jardin, atisbando hácia este ángulo del palacio; por mí no ha de ser: he de averiguar si es por Matilde. Yo, que la caso, tengo derecho y obligacion de vigilar su conducta.

CLAUS. Ciertamente, señora.

MARIANA. Tú has de ayudarme.

CLAUS. Dejad primero que medite sobre cinco minutos.

MARIANA. Medita con esta sortija en el dedo. (*Le da una.*)

CLAUS. Mandad, señora: soy el sirviente universal por inclinacion y por estrella.

MARIANA. Ocúltame donde pueda acechar.

CLAUS. (*Señalando el balcon interior.*) Allí estaréis bien.

MARIANA. No me engaña Matilde á mí: la veo muy desapacible desde esta mañana, y adivino el por qué. Su tio la quiere; á ella no le gusta su tio.

CLAUS. (*Aparte.* Aquí entra el encargo del Archiduque para el indulto del novenario.) Tiene ella otro amante.

MARIANA. ¿Otro! Quién es?

CLAUS. Un incógnito conocidísimo, un viudo.

MARIANA. Miren la del hábito! ¡La que me vedaba que leyese comedias! Yo no las leo, y ella las hace.

CLAUS. La familia del viudo pretende que dicho incógnito señor se case con una prima suya, muy guapa y de catorce años; pero él no hace de ella maldito el aprecio, por causa de Matilde.

MARIANA. Ay, qué pícaro! ¡Despreciar á una prima, cuando me casaba yo tan á gusto con mi primo don Baltasar! ¿Qué edad viene á tener el viudo? ¿La del Rey de España siquiera?

CLAUS. Por ahí, por ahí.

MARIANA. De manera que ese moscardon levanta de cascos á mi Aya (que se ha de casar con su tio, quiera ó no quiera), y se burla de una muchacha como un pimpollo! Pues no seré yo Archiduquesa de Austria, ó el tal primo ha de dar la mano á su prima. No le valdrá el ser hombre para salirse con la suya.

CLAUS. Y lo que es la prima le tiene aficion.

MARIANA. ¿Sí, eh! ¿Á pesar de que es viudo, ya casi viejo, y anda tras otra!

CLAUS. Eso avive quizás el amor de la niña. Cuando median los celos...

MARIANA. Qué son celos?

CLAUS. Envidias de amantes.

MARIANA. Si no acertaré yo por eso á querer á mi tio? Como no me da envidia, como no me pone celosa... ¿Has oido tú si don Felipe tiene algun capricho en Madrid?

CLAUS. Corrió voz, tiempo há, de que cierta cómica...

MARIANA. ¡Cómica dijiste? Ay! ¡qué celda tan hermosa le voy á alquilar!

CLAUS. Llegais ya tarde: creo que es Abadesa de unas monjas Benitas, allá en un desierto.

MARIANA. ¿Abadesa! Bien ha librado; lega fregona la hubiera hecho yo. Por mi cuenta corre satisfacer sus celos á la prima del viudo.

CLAUS. Entraos, que vienen. Soy luégo con vos.

MARIANA. Ven pronto.

(*Váse por la puerta de la izquierda, más inmediata al fondo.*)

ESCENA V.

MATILDE, *de dama*. CUNEGUNDA.—CLAUS.

MATILDE. (*Aparte.* Dos galanes... tres con mi tio. El de la joya es el que me desasosiega.) Claus, ¿tienes ya cerrada la puerta de la galería?

CLAUS. La de la galería y la del jardin. Todo está cerrado, ménos la reja de ese tránsito á la habitacion de Su Alteza, por donde venís. Las llaves, como previnisteis, quedan en su sitio.

MATILDE. Recogeos al instante los dos.

CUNEG. Perdonad: yo me acostaré cuando os deje acostada.

MATILDE. No te necesito.

CUNEG. Podeis necesitarme : vos no estais buena. Tarde y noche me habeis dicho que os hallabais desazonada; y en efecto, allá en el salon de Su Alteza, andabais como tristona, como distraida... La mudanza de traje no os sienta bien.

MATILDE. ¡Qué?... me caia mejor el hábito?

CUNEG. Queria decir que siendo aquella ropa de más abrigo, y habiéndoos quedado en cuerpo y en cabello, habréis cogido un pasmo sin duda. Os traeré un capote y un serenero.

MATILDE. Deja esos disfraces en su lugar.

CUNEG. Como ya no han de visitaros...

MATILDE. Retírate, y recógete al punto.

CUNEG. Señora... buenas noches. (*Váse.*)

ESCENA VI.

MATILDE. CLAUS.

CLAUS. Señora, descansad. (*Váse retirando muy poco á poco.*)

MATILDE. (*Aparte.* Quién será ese hombre? Conforme se va acercando la hora de verle, mi curiosidad se hace insufrible.) Claus...

CLAUS. Mi buena señora...

MATILDE. (*Abriendo el cofrecillo.*) Á tu parecer, ¿qué vale esta joya? (*La saca y se la entrega á Claus.*)

CLAUS. Esta? Ah! esta... de fijo ha costado sus mil escudos.

MATILDE. Es tuya, si me dices quien me la regala.

CLAUS. ¡Mia? Señora... yo... Cómo?... (*Aparte.*) Joyería voy á poner en dejando el servicio.

MATILDE. Tú lo sabes; yo he de averiguarlo muy pronto : con que nada arriesgas en decírmelo.

CLAUS. Siendo así, no podeis aguardar?...

MATILDE. No quiero aguardar. Me mata la impaciencia. Responde.

CLAUS. Solo puedo responder que esta joya...

MATILDE. Sí.

CLAUS. La ha mandado hacer y la ha costeado... Su Majestad Cesárea.

MATILDE. Su Majestad!... Vete. Vete con ella...

CLAUS. (*Aparte, retirándose.*) Con esto, y abrir la puerta de la galería, me libro de los cinco minutos de colgadura.

Me quedan cien escudos de beneficio. (*Váse.*)

ESCENA VII.

MATILDE.

Su Majestad! El Emperador! Sí, no cabe ya duda. Mi corazon estaba deseando amar, amaba ya sin saber á quién: ya lo sabe. Le estremecieron, le arrebataron aquellas cartas del español incógnito; creí que el de las cartas era tambien el de la joya; es otro; es forzoso elegir; al español no le conozco ni siquiera de nombre; Claus acaba de pronunciar el más ilustre que se conoce. Pero yo, merezco esta dicha? ¿Es cierto que el Emperador me ama? Él me ha dicho: «Veréis á vuestro amante en presencia mia.» Él dijo tambien: «Casad á mi hija con el Rey don Felipe; haréis á mi corona el más alto servicio; recompensa no inferior os aguarda.» ¡Recompensa! Corona! Palabras que el acaso juntó, ¿fuísteis el anuncio de mi destino? Fernando III es un monarca virtuoso; él me asegura que su amor es digno de agradecimiento... Amor que no es puro, no merece que se agradezca. Y á mí, ¿qué otra clase de amor se me puede ofrecer? Mi opinion, la severa enseñanza que me dió mi tio...—No puedo ahora ménos de sonreirme... «Para nada eres!» me gritó una vez tan furioso... y echó aquí la mano .. (*Tócase una oreja y juguetea con el pendiente.*) Pobre Doctor! Y ¡maltrataba una oreja imperial! Yo Emperatriz! (*Vuelve la vista hácia el retrato de Doña María.*) Aquella lo ha sido. (*Mírase al espejo.*) Esta soy yo. ¿Tanto desmereceria esta delante de aquella? Hermana fué de Felipe IV... Yo soy una sirviente de su hija...—Sí; pero en esta guerra de casi treinta años, que ha trastornado el antiguo imperio, cuántos casamientos desiguales no ha visto Alemania? —Ay! ¿cuántas ambiciones de mujer vemos tambien castigadas con la ignominia! El Archiduque me declaró enérgicamente que el incógnito de la joya ¡no sería mi esposo! Vendrá á las doce el Emperador por aquella puerta, que da paso á la habitacion de su hija; ¿qué vendrá con él para mí? Será la dicha? ¿Será la mayor de las desventuras? Una reja atraviesa el tránsito: paso

tiene por entre sus hierros la dicha; la deshonra no pasa. Voy á cerrar.—El Archiduque!

ESCENA VIII.

LEOPOLDO, *en traje militar.*—MATILDE.

LEOP. Matilde...

MATILDE. Alteza ilustrísima!...

LEOP. Habiéndome ya despedido, como vísteis, de vuestra alumna, quiero despedirme de vos en particular, y comunicaros una noticia.

MATILDE. Vuestra Alteza me está siempre favoreciendo.

LEOP. La noticia es esta. El matrimonio del Emperador con mi prima, la Archiduquesa Leopoldina, de Inspruck, es un asunto casi ya terminado.

MATILDE. ¡Su Majestad se casa? Es posible?

LEOP. Es seguro. El Consejo y la Corte lo solicitan con vehemencia, el interes del Estado lo exige, yo lo tengo á mi cargo, y en fin Su Majestad mismo no ha podido negarse.

MATILDE. ¡Su Majestad consiente?

LEOP. Él procura que se difiera; pero ha consentido. Como será poco agradable para mi sobrina tener madrastra, podeis utilizar esta circunstancia tan poderosa, á fin de decidirla á casarse.

MATILDE. Cierto.—Bien... bien está.

LEOP. La futura Emperatriz cuenta catorce años y es amabilísima: creo que mi hermano acabará por quererla mucho, aunque ahora, con sus devaneos...

MATILDE. Devaneos el Emperador!

LEOP. Se ha aficionado á una pobre muchacha, que no sabe el riesgo en que vive.

MATILDE. Riesgo! Vuestra Alteza deberia avisarla, protegerla, salvarla.

LEOP. Matilde, yo salgo de Viena esta madrugada; y aunque mi hermano parte conmigo, él puede volver ántes que yo.

MATILDE. Vuestra Alteza, no podría manifestar al Emperador?...

LEOP. Le prediqué ya, y no he visto fruto. Quisiera, sí, decir algo á la niña; pero no hay tiempo. Si no os repugnara dirigirle en mi nombre una súplica...

MATILDE. Á quién?

LEOP. A ella. Claus, vuestro sirviente, sabe su nombre.

MATILDE. Vuestra Alteza diga, Vuestra Alteza me mande.

LEOP. Rogadla que, siendo como es, virtuosa y discreta, proceda con mi hermano de modo, que Su Majestad case pronto cual debe.

MATILDE. Satisfaré el deseo de Vuestra Alteza.

LEOP. Ofrecer premios á esa jóven sería ofenderla; pero ya os podeis figurar si yo le quedaré agradecido, y si vale algo la gratitud y amistad sincera de Leopoldo Guillermo. Ni ¿qué más premio de una accion buena, que la satisfaccion dulcísima que produce en nosotros, y la certidumbre de que los ángeles la escriben en el libro eterno de los acreedores á la bienaventuranza sin límite?

MATILDE. Ah, señor! Conmovida al oiros...

LEOP. ¡Os enterneceis, mi buena Matilde? Yo tambien. Una despedida siempre cuesta lágrimas... Y cuando es para ir á buscar los combates... Por si no volvemos á vernos, recibid mi bendicion apostólica.

MATILDE. Cuando Vuestra Alteza regrese: tengo esperanzas de merecerla.

LEOP. Contad entónces con la del cielo. (*Váse.*)

ESCENA IX.

MATILDE.

Sueños momentáneos! Delirios del orgullo y de la ambicion! huid, alejaos para siempre. Me felicito de haber dado la joya á Claus: equivale á tirarla. No tardará en venir el Emperador: puedo recibirle sin sobresalto. Luégo se ausenta... Sí; pero volverá... y volverá sin el Archiduque... Defensor necesito, defensor constante y seguro.

ESCENA X.

PER-AFAN.—MATILDE.

PER. (*Saliendo por la primera puerta de la derecha.*) ¡Matilde!

MATILDE. Mi tio! (*Aparte.* Es el confidente del español, del autor de esas cartas que brotan fuego.)

PER. No te enojes por esta visita. (*Permanece en la puerta.*)

MATILDE. Pasad, pasad. No venís á mal tiempo.

ESCENA XI.

CLAUS, *asomándose con recato por el balcon del fondo.*—MATILDE. PER-AFAN.

CLAUS. (*Muy bajo.*) Chit! señores...

MATILDE. Qué hay?

CLAUS. La Archiduquesa está ahí. (*Señalando lo interior de la pieza del fondo.*)

MATILDE. ¿Cómo!

CLAUS. Ha venido furtivamente á ver lo que haceis.

PER. (*Aparte.*) Qué ocasion!

CLAUS. No os deis por entendidos. (*Bajo, dirigiéndose á Mariana, que aún está dentro.*) Venid: aquí estaréis bien. (*Apártase para dejarle puesto.*)

PER. Nos oirá tu discípula. Tenemos que hablarnos como personas destinadas á casarse.

MATILDE. Habladme del incógnito de las cartas.

ESCENA XII.

MARIANA, *en el balcon, oculta entre las cortinas.*—MATILDE *y* PER-AFAN, *en la sala.* CLAUS, *tambien en el balcon, detras de Mariana.*

MARIANA. (*Aparte á Claus.*) Los dos aquí! Esto es más de lo que esperaba.

PER. Siéntate por un momento, Matilde.

MATILDE. Cómo habeis podido penetrar hasta mi habitacion?

PER. Me quedé con la llave doble de la puerta al jardin. He aguardado en él hasta ver cerrar todas las ventanas de palacio, y he abierto en seguida.

MARIANA. (*Aparte á Claus.*) Era él quién rondaba!

CLAUS. (*Aparte á Mariana.*) Como es su novio...

MARIANA. (*Aparte á Claus.*) Me rondará don Felipe á mí?

CLAUS. (*Aparte á Mariana.*) ¡Poquito aficionado es él á rondas galanas!

MARIANA. (*Aparte á Claus.*) Eso me gusta mucho. Tapa, que miran.

PER. Ántes de las doce te dejaré: como cuando vivíamos juntos. Me tenías tan hecho á este rato de conversacion, que ni por un dia he querido privarme de él.

MATILDE. Qué dirá si os ha visto alguno?

PER. Que somos amantes, noticia oficial de hoy en la corte. Que necesitamos casarnos pronto: eso es lo que yo deseo.

MATILDE. (*Oponiéndose.*) Pues yo...

PER. (*Bajo.*) Que te oye: disimula.

MATILDE. Pero, tio, vos ántes no me teniais demasiado cariño; hoy, gracias á un antojo de mi discípula, que merecia una mano de azotes...

MARIANA. (*Aparte.*) Ca!

MATILDE. Os habeis declarado mi pretendiente. ¿Quién hace caso de unos amores tan repentinos?

PER. ¿Repentinos, Matilde! ¿Cuánto há que recibes unas cartas de amor anónimas?

MATILDE. Una porcion de meses.

PER. Pues bien... (*Baja la voz.*)

MARIANA. (*Aparte á Claus.*) ¿Por qué no me escribe mi tio anónimos?

CLAUS. (*Aparte á Mariana.*) Porque áun está de luto, y no dicen bien cartas de amor con oblea negra.

MATILDE. ¿Vos el amante incógnito! (*Aparte á don Per-Afan.* ¿Es broma, tio?)

PER. (*Aparte á Matilde.*) No preguntes: no caiga en sospecha.

MATILDE. Notas á Séneca, ya sé que sabeis escribir; pero cartas de amor tan apasionadas, versos tan lindos, lo ignoraba completamente.

PER. Quien sabe sentir, sabe decirlo.

MARIANA. (*Aparte á Claus.*) No hace versos tambien mi tio?

CLAUS. (*Aparte á Mariana.*) Si le llaman el Rey poeta!

MATILDE. Algo tarde habeis aguardado á sentir.

PER. Nadie como tú puede apreciar la causa. Destinado á las letras por mi familia, que observaba mi ardorosa inclinacion al estudio, ellas ocuparon exclusivamente mi juventud, ellas devoraron los más verdes años de mi existencia. Compitiendo con unos, aprendiendo de otros, adelantándome á bastantes, reconociendo la superioridad en el que la tenia; entre gozos y contrariedades, entre los murmullos de la envidia y el lisonjero estímulo de la opinion benévola, llegué sin sentir á la edad en que el

hombre cuyo corazon vivió dormido miéntras el entendimiento velaba, se le encuentra de improviso impaciente, anhelante, sediento de emociones dulces y tiernas, robusto como de varon, tímido como al salir de la infancia. Ya es tarde entónces para amoríos de paseo y de iglesia, de calle y ventana; se avergüenza uno de ir contra la gravedad que debe distinguir al hombre científico, porque el uso de libros buenos conserva su pudor al espíritu, como la compañía de una casta madre, la modestia en sus hijas. Entónces mira el hombre al rededor de sí; mira cerca, porque el nebuloso horizonte del mundo, que no conoce, le cansa la vista; y si halla á su lado, bajo su techo mismo, un semblante hermoso y un corazon angélico, ni puede ni quiere ni debe ir más léjos á buscar la felicidad: sabe que el cielo nos la coloca siempre inmediata. Si él la ha desconocido por mucho tiempo; si deslumbrado con el brillo de la humana gloria, no reparó en el tesoro de gracias y virtudes con que estaban casi tocando sus manos, ¿qué ha de hacer al advertir su error, sino confiarlo al papel primero, y arrojarse despues á las plantas de la que adora?

MATILDE. Tio, por piedad... Si vinieran...

PER. Dí que me perdonas, Matilde; que perdones mi antiguo desamor y mi amor presente, es lo que pretendo. Con el disimulo del inferior entre superiores, del que ha ofendido y no sabe cómo reparar sus ofensas, hay aquí para tí más y más puro amor que ha de consagrarte ninguno. Yo no pido tu afecto, si hay quien lo merezca mejor. Yo quiero tu bien áun á costa del mio: si te ofrece la mano de esposo quien valga más, yo tendré valor para enlazársela con la tuya.

MARIANA. (*Descorriendo la cortina y gritando.*) No digais eso; que os dará calabazas.

MATILDE. Archiduquesa! ¿Vos acechando ahí!

MARIANA. (*Saltando del balcon á una silla y de esta al suelo.*) Sí, señora, y me alegro mucho de haber acechado. ¿Cómo se entiende! ¡Consentir que un tio, que dice cosas tan bonitas, estuviese con la rodilla en tierra, sin tenderle la mano! ¿Es este el respeto á los mayores, que me enseñabas!

MATILDE. Venid á vuestro cuarto, donde os enseñaré cómo debeis respetarme á mí.

MARIANA. ¿A tí! Ya no: tienes por qué callar.
MATILDE. Archiduquesa!
PER. Señora!
MARIANA. Digo bien. Vos ignorais las picardigüelas de vuestra novia. Tiene otro galan.
MATILDE. Señora Archiduquesa!
MARIANA. Madrina, se me dice.—Sí, señor: tiene mi ahijadita otro amante más principal que vos; pero no os dé cuidado: es un maula que no trata de casarse con ella.

ESCENA XIII.

FERNANDO.—MARIANA. MATILDE. PER-AFAN.

FERN. Qué es esto?
PER. (*Aparte.*) El Emperador!
FERN. Aquí la Archiduquesa á estas horas, Matilde!
MATILDE. Aun no son las doce.
FERN. Sin embargo, extraño un poco veros tan acompañada.
MATILDE. Yo extraño tambien que Vuestra Imperial Majestad venga por esa puerta, y venga tan solo.
FERN. Por no alborotar la habitacion de esta niña, á quien supuse ya reposando, llamé á la puerta de la galería.
MARIANA. Señor padre, como estais de marcha, no ha querido acostarse mi hermano hasta veros partir: no he de ser ménos.
FERN. Aunque lo estimo, dame ahora el gusto de pasar á tu gabinete. Llevadla, Matilde.
MATILDE. (*Aparte á don Per-Afan.*) De veras, tio: ¿son vuestras las cartas?
PER. (*Aparte á Matilde.*) Ahí van de mi letra. (*Le da unos papeles.*)
MATILDE. Madrina, venid. (*Llégase cariñosamente á Mariana y le besa una mano.*)
FERN. Doctor, esperad. (*Vánse Mariana y Matilde.*)

ESCENA XIV.

FERNANDO. PER-AFAN.

FERN. Habiéndose dispuesto que os trasladeis á otra habitacion miéntras pasais por capitulado con vuestra sobrina, pu-

diérais haber comprendido que no era decente visitarla á estas horas.

PER. Como novio de burlas, no me consideré tan escrupulosamente obligado.

FERN. Para mi corte es negocio de veras, y yo debo impedir que se esparzan hablillas en daño de la reputacion de Matilde. Doctor Per-Afan, me acompañaréis en mi viaje.

PER. Doy á Vuestra Imperial Majestad rendidas gracias por esa honra; se las doy más rendidas por el interes que le merece la opinion de Matilde. Ruego por lo mismo á Vuestra Majestad que la proteja contra las tentativas de un amante oculto y poderoso que tiene.

FERN. ¡Un amante? En efecto, se me ha dicho que la galantea por escrito no sé qué personaje español. Pero me han asegurado que á ese le favoreceis vos.

PER. No es español el sujeto á quien me refiero; el español debiera tener perdidas las esperanzas, porque no puede competir con el aleman.

FERN. Quién es ese último?

PER. El primero entre sus iguales, que son muy pocos. Prometido consorte de una princesa del Tirol, deuda suya, mal podrá casarse con mi sobrina.

FERN. Maese Per-Afan!...

PER. Pedro Afan de Ribera quizás aconsejaria á Matilde que ni áun la mano de ese amante admitiese: matrimonios tan desiguales pocas veces acaban en bien. Para ménos que esposa, no ha nacido Matilde.

FERN. ¿Quién os ha dicho que ese amante, irritado ya de que por todos lados haya quien ose contrarestar su gusto, no piensa igualar con su altura la mujer en quien deposita su amor?

PER. Lícito le sería como cristiano; pero atendidas ciertas graves razones...

FERN. Ni os ha elegido por consejero el galan de Matilde, ni en este asunto ha de guiarse por voto ajeno. Retiraos de aquí.

PER. (*Aparte.*) Emperatriz Matilde!... Séalo, y ¡mas que me cueste la vida! (*Váse.*)

ESCENA XV.

FERNANDO.

Mi hermano, Kevenhüller, el Arzobispo de Praga, todos hasta ese miserable extranjero, se conjuran contra una aficion todavía inocente, ¡una aficion que todavía no he declarado! ¿Ilegítima la suponen! Por ellos voy á legitimarla! (*Llamando.*) Claus!—Rompo todo empeño anterior.—Claus!

ESCENA XVI.

CLAUS.—FERNANDO.

CLAUS. Majestad Cesárea...

FERN. Que aguarde el correo del Tirol. Á mi hermano, que vuelva á reunir el Consejo al instante. Ha de ser obra de cinco minutos.

CLAUS. (*Aparte.*) Cinco minutos de obra! Dios mio! ¿Si será obra de tira y aprieta? (*Váse.*)

ESCENA XVII.

MARIANA.—FERNANDO.

MARIANA. Señor padre!...

FERN. ¿Aun vuelves aquí!

MARIANA. Me envia Matilde.

FERN. Á que?

MARIANA. Á entreteneros, miéntras ella acaba de llorar.

FERN. ¿Matilde llora!

MARIANA. Como una Magdalena.

FERN. Por qué?

MARIANA. Porque tiene dos novios, y se queda sin el mejor.

FERN. ¿Sin el mejor! Sabes tú quién es?

MARIANA. Dice Matilde que es persona distinguidísima, que yo no conozco. Un viudo con hijos, y con una primita de catorce años, preciosa muchacha.

FERN. Y el otro?

MARIANA. El otro es el que yo le he propuesto, don Per-Afan.

Buena mano he tenido! ¿Creereis que el Doctor estaba enamorado de Matilde en secreto?

FERN. ¡Él de Matilde?

MARIANA. Años hace. Y le ha escrito unas cartas anónimas, que segun Matilde, levantan en vilo.

FERN. Cómo sabes tú eso?

MARIANA. Porque él se lo ha confesado á ella esta noche, y yo lo estaba oyendo... por casualidad.

FERN. Y entónces, qué le dijo Matilde?

MARIANA. Nada, porque les corté la conversacion. Pero á mí luégo, qué cosas me ha dicho!

FERN. Á ver, á ver cuáles.

MARIANA. En primer lugar, ella se iba inclinando al viudo.

FERN. ¡Se le inclinaba?

MARIANA. Pero ya no hay inclinacion que triunfe: don Per-Afan es el preferido.

FERN. Por qué razon?

MARIANA. Por dos. Por no hacer mala obra á la prima del viudo, y porque el viudo tiene obligacion de casarse con su primita.

FERN. No, hija, no: á ese viudo, á quien yo conozco, no hay obligacion que le apremie. Pudiera muy bien casar con Matilde.

MARIANA. Ya se lo impediremos nosotros.

FERN. Por qué?

MARIANA. Porque si casara él con Matilde, parece que se enfadaria muchísimo Don Felipe IV con vuestro gobierno: lo cual, ya veis, no nos tendria cuenta ninguna.

FERN. Yo apaciguaré á Don Felipe. No temas.

MARIANA. No creais que yo temo; quien debe temer es el viudo. Alguna desgracia va á sucederle.

FERN. ¡Desgracia?

MARIANA. (*Señalando el retrato de doña María.*) Asegura Matilde que aquella de allí, mi madre que está en gloria, miraria esa boda con muy malos ojos.

FERN. (*Aparte.*) Oh! no me atrevo á dirigirle los mios!

MARIANA. Peligroso es tener descontentos en el otro mundo. Por eso Matilde, puesta de rodillas, con las manos en cruz, ha ofrecido echarse el hábito para toda la vida, porque Dios envie á ese hombre luz y conocimiento.

FERN. Basta, hija, basta.

MARIANA. Oidme una especie. El viudito que nos enreda, tiene

que ser aleman ó español. Si es del Imperio, decidle de mi parte que se arregle con su prima y nos deje en paz. Si es vasallo del Rey de España, yo le pondré una bonita carta anónima á Su Majestad, para que retire de nuestra corte á ese prójimo, y le encierre por medio año en la Inquisicion.

FERN. ¿Tú escribirias al Rey de España!

MARIANA. Sí, señor, ya sí. Como he visto á Matilde resuelta á casarse con el Doctor, y segura de que ha de ser con él felicísima, he dicho: «Bueno: yo me casaré tambien con mi tio.»

FERN. Hija de mi alma!

MARIANA. Que aprenda de nosotras el viudo. Cuando sobrinas tan en flor se casan á pares con tios granados, bien puede un primo cuarenton contentarse con una primita de catorce cosechas.—Que estudie la fábula de la guindilla y el dulce.

FERN. Qué fábula es esa?

MARIANA. Una en castellano, que dice así.

(*Recita.*) Se juntaron á comer
una vez en un meson
un viajero solteron
y un casado mercader.
Tras mil discursos prolijos,
vino el soltero á decir
que era imposible regir
la voluntad de los hijos.
—«Pues, señor, conmigo viaja,»
repuso atento el casado,
«el niño que tengo al lado,
y este chico es una alhaja.
Vos pudierais ser testigo
de que, sin esfuerzo grande,
cuanto yo quiera y le mande,
me lo hace segun le digo.
—Vaya! esos serán extremos
del amor que le teneis.
—Hombre, no.—Bah! bah!—¿Quereis
que apostemos?—Apostemos.»
Apuestan, y en la porfía
gran cantidad se atraviesa.
En esto pone en la mesa

dos platos el que servia.
Como hay entre los viajantes
gustos del todo contrarios,
un plato eran dulces varios,
otro, pimientos picantes.—
«Basta una prueba sencilla,»
dijo el solteron sin duelo:
«mandad á ese ángel del cielo
que se coma una guindilla.
—Hijo, complace al señor,»
contesta el padre; «anda, listo!»
La guindilla... Jesucristo!..
volcaba con el olor.
El pobre niño, aterrado
con el atroz mandamiento,
cogió llorando el pimiento
para tirarle un bocado.
El padre en tanto, con poca
prudencia ó fuerte apetito,
pilló un dulce callandito,
y acercóselo á la boca.
Fuera el muchacho de sí,
gritó al mercader: «Por Dios!
¿Confitura para vos,
y picante para mí!
Yo de obedeceros trato,
la apuesta quiero ganar;
pero comed á la par
otra guindilla del plato;
que no será proceder
como padre, hombre de juicio,
exigirme un sacrificio,
y vos no quererle hacer.»

FERN. Mariana!

MARIANA. Aquí está Matilde.

ESCENA XVIII.

MATILDE.—FERNANDO. MARIANA.

FERN. Llegad, Matilde. Aunque mi hija me acaba de dar perfectamente la leccion que le habeis enseñado, necesito

aún oir á la maestra. (*Mariana se llega á la mesa y se entretiene registrando cuanto hay allí.*)

MATILDE. Vuestra Majestad Imperial me fió el honroso cargo de reducir á mi señora la Archiduquesa á casar con el Rey Católico: vuestra cesárea voluntad queda cumplida. ¿No mereceré en pago que me oiga con benignidad un recuerdo?

FERN. Recordad ántes vos...

MATILDE. Vuestra Majestad es mi natural protector: mire por mi honra. Vuestra Majestad es el padre de su pueblo: mire por él.

FERN. (*Bajo á Matilde.*) ¿No querréis admitir mi corona imperial?

MATILDE. (*Bajo al Emperador.*) Quiero más, quiero darla. Despues de haber hecho una Reina por vuestro gusto, debo hacer una Emperatriz por el mio.

MARIANA. Con que, señor padre, ¿me encargo yo de que desaparezca ese viudo incómodo?

FERN. Ha desaparecido, hija mia. El galan incógnito de Matilde no existe ya.

MARIANA. ¿Se ha muerto! Y nosotras que no sabíamos nada! Porque tú no lo sabias, no es verdad?

MATILDE. Esperaba la noticia, señora.

MARIANA. Ya! por eso llorabas tanto hace poco. Pobre Matilde! Pobre ayita mia! Pero ¿ves qué igual es nuestra suerte, mujer! Tu viudo se te muere, y á mí se me murió mi soltero! Bien que el viudo te hace un favor dejándonos; pero yo sin mi primo... (*Al Emperador.*) No os ofendais; iba á escapárseme un despropósito; le he recogido al vuelo. Ya que se fué el incógnito, ¿no podréis decirme quién era?

FERN. Un padre de una gran familia, no indigno del amor de sus hijos; un curioso que, buscando la dicha, habia encontrado la piedra filosofal. Vió que hacer el oro con materias humildes era peligrosísimo para el mundo, y ha conseguido de Dios que le deje desaparecer de la tierra con su secreto.

MATILDE. Así se ha hecho acreedor á una gloria inmortal.

MARIANA. A mí me ha chasqueado, porque ¡habia consentido yo tan de veras en casarle contra su gusto!..

FERN. Gusto igual te dará tu padre.

MARIANA. ¿Sí! Cómo?

FERN. Tu tio, mi Consejo, y otras personas más, creen que es absolutamente preciso que vuelva á contraer matrimonio.

MARIANA. Vos!

FERN. Y tendré que avenirme, á pesar de mi repugnancia.

MARIANA. Yo lo creo que os repugnará. Digo! Habiendo tenido una esposa como esa! (*Señalando el retrato.*)

MATILDE. Por vos necesita contraer ese enlace Su Majestad.

MARIANA. ¡Por mí? Qué necesidad tengo yo de madrastra?

MATILDE. Como vais á serlo, conviene que aprendais á desempeñar bien ese difícil cargo. En vuestra prima Leopoldina, de poca más edad que vos, tendréis un dechado perfectísimo de madre política.

MARIANA. Leopoldina ha de tener unos catorce años... ¡Qué semejanza entre el incógnito de Matilde y mi padre! Los dos viudos, los dos con hijos, los dos con primas, los dos sin gana de casarse con ellas... En fin, si mi señora Leopoldina es tan buena para segunda madre, yo tambien me siento con famosas disposiciones. Padre y señor mio, don Felipe cada dia pierde, y yo la gano: que dure poco la enseñanza de madrastría.

ESCENA XIX.

LEOPOLDO.—FERNANDO. MARIANA. MATILDE.

LEOP. (*Al Emperador.*) Para qué mandas reunir el Consejo?

FERN. Para noticiarle un suceso próspero. La Archiduquesa acaba de manifestar que está ya deseando salir de Viena para Madrid.

LEOP. Es cierto, Mariana?

MARIANA. Sí, tio, certísimo. Rehusé ántes, porque no sabia lo que he visto despues entre mi Aya y don Per-Afan; ya estoy convencida de que, dando con un tio que escriba amores anónimos á su sobrina, le componga versos, y le hable de noche á solas como don Per-Afan á Matilde, la sobrina quiere al tio sin remision. Don Felipe, que ha sido casado, áun sabrá de amores mucho más que don Per-Afan de Ribera, que principia á ejercer.

ESCENA XX.

PER-AFAN.—FERNANDO. LEOPOLDO. MARIANA. MATILDE.

PER. Estoy á las órdenes de Vuestra Majestad Imperial. Tengo ya hechos mis preparativos de viaje.

FERN. Doctor Per-Afan, os quedais en Viena.

MARIANA. Para casaros con Matilde cuanto ántes.

FERN. En recibiendo la dispensa de Roma.

LEOP. (*Aparte al Emperador.* Bien, Fernando!) Vendrá con la de mi sobrina en muy poco tiempo.

PER. Señores!... Matilde!... ¿Á quién dirigiré primero la efusion de mi gratitud?

MARIANA. Á mí, don Per-Afan. Mi padre y Matilde me casan con Su Majestad Católica; yo caso á mi padre con mi prima Leopoldina de Inspruck, y á Matilde con vos.

FERN. (*Al Archiduque.*) Estás contento? (*Leopoldo le abraza, y hablan aparte.*)

MATILDE. (*Aparte á su tio.*) Y vos lo estais?

PER. (*Aparte á Matilde.*) Una palabra que me dé confianza, Matilde.

MATILDE. (*Aparte á don Per-Afan.*) He preferido vuestra mano á la de Fernando III.

MARIANA. (*Á Matilde.*) Háblale alto: si ya me figuro qué le dirás: que le vas á querer tantísimo!...

MATILDE. Como he de serviros de modelo...

MARIANA. No te deslucirá la copia. Tan segura estoy de que pueden probar bien los casamientos de tio con sobrina, que á la primera hija que tenga, la he de casar con mi hermano, si no es obispo. Señor padre, ¿qué regalo de boda haré á la futura doña Matilde?

FERN. El título de Condesa de Blumenfeld.

LEOP. Uno de mis estados.

MATILDE. Señores!...

MARIANA. Condesa de Blumenfeld, seréis la favorita de la Reina Mariana.

MATILDE. (*Presentando á Mariana por la mano al público.*)

A España nos llevarán
á mi señora y á mí:
¿saben ustedes, allí,
cómo nos recibirán?

Venga á sacarnos de afan
alguna demostracion:
es de niña la funcion;
que pase por niñería;
niñada mayor sería
negarle un cortés perdon.

FIN DE LA COMEDIA.

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galeria

EL TEATRO.

a.
is de odio y amor.
os del alma.
despues de la muerte.
jor cazador...
ue quieren las cosas.
es sueño.
) de los años mil...
m.
de herencias.
de cuervos.

viaje.
ea, *drama heróico.*

izon y sin razon.
res y Guevara.
se rompen palabras.
suyas.
irar con buena suerte.
es, parientes y amigos.
ual ama á su modo.
ro y Capitan.

ncho el Bravo.
rnardo de Cabrera.
aces es la fortuna.
brinos contra un tio.

lo del Rey.
r y la moda.
de cachemira.
illero Feudal.
s de una flor.
angel!
agosto.
bobos anda el juego.
ndido y la tapada.
ngas de camisa.
oca!
r de las desdichas, ó Don
iógenes.
nza.
n Duque.
oe de Bailen, *Loa y Coro-*
oética.
sis!!!
nciado Vidriera.
licio de Tántalo.
icia de Aragon.

El Veinticuatro de Febrero.
El Caballero del milagro.

Faltas juveniles.
Flor de un dia.

Hacer cuenta sin la huéspeda.
Historia China.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.

Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Juana de Arco.
Judit.
Jaime el Babudo.
Jorge el artesano.

Los Amantes de Teruel.
Los Amantes de Chinchon.
Los Amores de la niña.
Las Apariencias.
La Banda de la Condesa.
La Baltasara.
La Creacion y el Diluvio.
La Esposa de Sancho el Bravo.
Las Flores de Don Juan.
La Gloria del arte.
Las Guerras civiles.
La Gitanilla de Madrid.
La Hiel en copa de oro.
La Herencia de un poeta.
Lecciones de Amor.
Lorenzo me llamo y Carbonero
Toledo.
Lo mejor de los dados...
Llueven hijos.
Los dos sargentos españoles, ó
la linda vivandera.
La Madre de San Fernando.
La verdad en el Espejo.
La boda de Quevedo.
La Rica-hembra.
Las dos Reinas.
La Providencia.
Las Prohibiciones.
La Campana vengadora.
La libertad de Florencia.
Los dos insc arables.

La pesadilla de un casero.
La voz de las Provincias.
La Archiduquesita.
La Crisis.

Mal de ojo.
Mi mamá.
Misterios de Palacio.

Nobleza contra Nobleza.
Negro y Blanco.
Ninguno se entiende.
No hay amigo para amigo.
No es la Reina!!!

Para heridas las de honor, ó el
desagravio del Cid.
Pescar á rio revuelto.
Por la puerta del jardin.

San Isidro (*Patron de Madrid*).
Su imágen.

Tales padres, tales hijos.
Trabajar por cuenta ajena.
Traidor, inconfeso y mártir.

Un Amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Una llave y un sombrero.
Una leccion de córte.
Una mujer misteriosa.
Una mentira inocente.
Una noche en blanco.
Un paje y un Caballero.
Una falta.
Ultima noche de Camoens.
Una historia del dia.
Un pollito en calzas prietas.
Un sí y un no.
Un huesped del otro mundo.
Una Broma de Quevedo.
Una venganza leal.

Virginia.
Verdades amargas.
Vivir y morir amando.

Zamarrilla, ó los bandidos de la
Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

El ensayo de una ópera.
Mateo y Matea.
El sueño de una noche de verano.
El Secreto de una Reina.
Escenas de Chamberí.
A última hora.
Al amanecer.
Un sombrero de paja.
La Espada de Bernardo.
El Valle de Andorra.
El Dominó Azul.
La Cotorra.
Jugar con fuego.

El estreno de un artista.
El marqués de Caravaca.
El Grumete.
La litera del Oidor.
Gracias á Dios que está puesta la mesa.
La Estrella de Madrid (*su musica*).
Tres para una.
La Cisterna encantada
Carlos Broschi.
Galanteos en Venecia.
Un dia de reinado.

La Cazeria Real.
El Hijo de familia ó el L
voluntario.
Los Jardines del Buen Re
El trompeta del Archieb
Moreto.
Loco de amor y en la cor
Los diamantes de la Coro
Catalina.
La noche de ánimas
Claveyina la Gitana.
La familia nerviosa, ó el
omnibus.

La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, nún cuarto segundo de la izquierda.